



Horacio

Odas



E LEJANDRIA

**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras
de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

Odas (Carmina)

Horacio

Traducción: Germán Salinas, 1909

LIBRO I

I - A MECENAS

Mecenas, descendiente de antiguos reyes, refugio y dulce amor mío, hay muchos a quienes

regocija levantar nubes de polvo en la olímpica carrera, evitando rozar la meta con las fervientes

ruedas, y la palma gloriosa los iguala a los dioses que dominan el orbe.

Éste se siente feliz si la turba de volubles ciudadanos le ensalza a los supremos honores;

aquel, si amontona en su granero espacioso el trigo que se recoge en las eras de Libia.

El que se afana en desbrozar con el escardil o los campos que heredó de sus padres, aun

ofreciéndole los tesoros de Átalo, no se resolverá, como tímido navegante, a la travesía del mar

de Mirtos en la vela de Chipre.

El mercader, asustado por las luchas del Ábrego con las olas de Icaria, alaba el sosiego y los

campos de su país natal; mas poco dispuesto a soportar los rigores de la pobreza, recompone

luego sus barcos destrozados.

No falta quien se regala con las copas del añejo Másico, y pasa gran parte del día, ora tendido

a la fresca sombra de los árboles, ora cabe la fuente de cristalino raudal.

A muchos entusiasma el clamor de los campamentos, los sonos mezclados del clarín y la

trompeta, y las guerras aborrecidas de las madres.

El cazador, olvidado de su tierna esposa, sufre de noche las inclemencias del frío, y persigue la

tímida cierva con la trailla de fieles sabuesos, o acosa al jabalí marso que destroza las tendidas

redes.

La hiedra que ciñe las sienes de los doctos me aproxima a los dioses inmortales; la fría

espesura de los bosques y las alegres danzas de las Ninfas con los Sátiros me apartan del

vulgo, y si Euterpe no me niega su flauta, si Polihimnia me consiente pulsar la cítara de Lesbos,

y tú me colocas entre los poetas líricos, tocaré con mi elevada frente las estrelas.

II - A CÉSAR AUGUSTO

Ya el padre de los dioses envió a la tierra bastante nieve y asolador granizo, y su ence

ndida diestra, vibrando el rayo contra los sagrados templos, l enó de espanto a Roma y puso

terror en el orbe de que volviese el funesto siglo de Pirra con sus monstruosos portentos; cuando

Proteo condujo sus rebaños a las cimas de los montes, los peces quedaron suspendidos de las

copas de los olmos, donde antes se recogían las palomas, y los tímidos gamos nadaron sobre el

mar extendido por la campiña.

Vimos el rojo Tíber, rebatidas con fragor sus ondas en el litoral etrusco, lanzarse a destruir el

monumento del rey Numa con el templo de Vesta; y orgulloso de ser el vengador de su desolada

esposa Ilía, desbordarse por la siniestra ribera sin la aprobación

de Jove.

Muy pocos jóvenes oirán las guerras provocadas por los delitos de sus padres, y sabrán que los

ciudadanos aguzaron contra sí mismos el hierro forjado para aniquilar a los temibles persas.

¿A qué dios invocará el pueblo en la ruina del Imperio? ¿Con qué preces ablandarán las

púdicas doncellas a Vesta, sorda a sus clamores? ¿A quién dará Júpiter la misión de expiar tan

horrendo crimen?

Apolo, dios de los augurios, te rogamos que nos asistas, velando tus hombros en candida nube;

o si te place más, llega tú, sonriente Venus, en cuyo torno revolotean los Juegos y Cupido; o tú,

si miras aún con ojos propicios la suerte del pueblo menospreciado
y sus descendientes, padre

de la ciudad, a quien entusiasma el clamoreo bélico, los cascos
relucientes y el aspecto feroz del

mauritano frente a su enemigo cubierto de sangre; poned pronto
término a nuestras discordias.

O mejor tú, alado hijo de la venerable Maya, si pretendes tomar en
la tierra la figura de un

heroico joven, y que te llamen todos el vengador de César.

Ojalá retrases tu vuelta a los cielos, y permanezcas gozoso largo
tiempo con el pueblo de Quirino, sin que huyas en alas del viento,
ofendido por nuestras culpas.

Aquí anheles conquistar solemnes triunfos y ser el amado príncipe y
padre de la ciudad; y no

toleres que, siendo César nuestro caudillo, cabalgue impunemente
el miedo por dondequiera.

III - A LA NAVE QUE CONDUCE A VIRGILIO

Así la diosa reverenciada en Chipre, así los hermanos de Helena,
astros luminosos, dirijan tu

curso, y el padre de los vientos los sujete a todos menos al Iapigeo,
¡oh bajel!, que nos debes a

Virgilio confiado a tu custodia; ruégote le conduzcas sano a los
confines de Ática y guardes esa

preciosa mitad de mi alma.

Guarnecido debía llevar el pecho de roble y triple cota de bronce
quien osó el primero lanzarse

en frágil navío al piélago irritado, sin temer la lucha violenta del
Ábrego con el frío Aquilón, las

tristes Híadas, ni la rabia del Noto, árbitro el más poderoso del
Adriático, ya quiera sublevar o

calmar sus olas.

¿Qué muerte tan horrible infundirá miedo al que vio con ojos
serenos los monstruos que nadan

sobre el mar enfurecido, y los peñascos de Acroceraunia, famosos
por tantos desastres?

En balde la providencia de un dios separó los continentes con la
barrera infranqueable del

Océano, si las impías naves atraviesan las sirtes que deben l
enarlas de terror.

Audaz el linaje humano se precipita en todos los crímenes y
conculca todas las leyes. El hijo

audaz de Jápeto, con sacrílego fraude, entregó a los mortales el
fuego; y así que lo hubo

arrebatado de las regiones etéreas, la escuálida palidez, con las
fiebres antes desconocidas, se

esparcieron por la tierra, y la muerte inevitable, que antes caminaba
tardía, aceleró sus pasos.

Dédalo se arrojó a volar por los aires con alas no concedidas al
hombre, y el infatigable Hércules

descendió al Averno: ninguna temeridad detiene el arrojamiento de los
mortales. En nuestra demencia

pretendemos escalar los cielos, y con nuestros crímenes impedimos
que Júpiter deponga sus

rayos iracundos.

IV - A SESTIO

Desátanse los hielos del invierno riguroso con la grata vuelta del Favonio y la primavera, las

máquinas botan al agua las naves que permanecían en seco, y ni el rebaño se goza en los

establos, ni el labrador junto al fuego, ni los prados blanquean con las heladas escarchas.

Ya Venus Citerea guía los coros al asomar la luna; las modestas Gracias, unidas con las Ninfas,

danzan joviales en las praderas, y el ardiente Vulcano abrasa los antros donde trabajan los

Cíclopes.

Ahora es el momento de coronar con verde arrayán los perfumados cabellos, o con las flores

que brota la tierra libre de sus prisiones; ahora conviene inmolar a Fauno en las selvas umbrosas

una cordera, o, si le agrada más, un cabrito. La pálida muerte pisa con igual pie las chozas de

los pobres que los palacios de los ricos. ¡Oh venturoso Sestio!, la brevedad de la vida nos

prohíbe alimentar largas esperanzas. Pronto te oprimirán las eternas sombras, los Manes de que

tanto se habla y el funesto reino de Plutón, adonde así que llegues no te proclamará rey del

festín la suerte de los dados, ni admirarán tus ojos al tierno Lícidas,
que hoy abraza a los jóvenes

y luego abrazará de amor a todas las doncellas.

V - A PIRRA

¿Qué lindo joven, perfumado de exquisitas esencias, te oprime,
Pirra, a su corazón, sobre el

lecho de flores esparcidas en tu gruta deliciosa? ¿Peinas para él tu
rubia cabel era, y te atavías

con elegante sencillez? ¡Ay, cuántas veces ha de l orar la fe violada
y las mudanzas de los

dioses, y ha de ver con asombro el mar alborotado por los negros
huracanes el crédulo amante

que ahora es dichoso oyendo tus doradas promesas, y confiando
hal arte siempre fiel, siempre

amorosa, porque no sabe que eres más voluble que el viento!
¡Desgraciados los que se dejan seducir por tus encantos!

Respecto a mí, la tabla votiva del naufragio, colgada en la pared del
templo, atestigua que

ofrecí mis húmedos vestidos al poderoso dios de los mares.

VI - A AGRIPA

Vario, el rival de Homero, es quien debe enaltecer tu valor, tus gloriosos triunfos y las hazañas

que realizaron por mar y tierra los combatientes que guiaste a la victoria.

Yo, Agripa, ni sabría remontarme a tanta altura, ni pretendo cantar la encendida cólera del hijo

de Peleo, las peligrosas navegaciones del astuto Ulises, o los crímenes de la familia de Pelops,

asuntos grandiosos para mi pequeñez.

El pudor y la Musa que gobierna mi humilde lira me prohíben desdorar con la rudeza de mi

ingenio las alabanzas del egregio César y las tuyas.

¿Quién cantará dignamente a Marte, protegido por su coraza diamantina, a Merión [Meriones],

cubierto con el polvo de Troya, o al hijo de Tideo por el favor de Palas, equiparado a los dioses?

Yo, en los momentos de ocio, canto los festines y las riñas de las tiernas doncelas que

rechazan suavemente las pretensiones de los jóvenes cuando me abraza, como de costumbre,

un amor pasajero.

VII - A MUNACIO PLANCO

Unos ensalzan la ilustre Rodas, Mitilene, Éfeso o las mural as de Corinto, que bañan dos

mares, o Tebas, insigne por Baco, y Delfos por Apolo, o el valle de Tempe, en la Tesalia.

Hay poetas que se entretienen en celebrar con perpetuos cantos la ciudad de la casta Palas, y

coronar sus frentes con ramos de olivo cogidos doquier; otros, en honor de Juno, enaltecen la

ciudad de Argos con sus briosos corceles y la rica Micenas. En cuanto a mí, ni la sufrida

Lacedemonia, ni los fértiles campos de Larisa me deleitan como el antro resonante de Albúnea,

el rápido Anio, los bosques de Tibur [Tiburno] y los frescos vergeles que riegan los cristalinos

arroyos.

Como el Noto disipa a veces los oscuros nublados del cielo, pues no siempre trae las lluvias,

así tú, discreto Planco, esfuérzate por ahuyentar la tristeza y poner fin con el dulce vino a los

trabajos de la vida, ya mores en los campamentos donde resplandecen las águilas, ya reposes a

la sombra de los árboles de Tíbur.

Cuando Téucer [Teucro] huía de Salamina y de su padre, es fama que ciñó sus sienes

humedecidas por el licor de Baco con una corona de álamo, y habló así a sus tristes amigos;

«Iremos, ¡oh. socios y compañeros de mis penas!, adondequiera nos leve la fortuna, menos

cruel que mi padre. No desesperéis nunca siendo Téucer vuestro caudillo y guiados por los

auspicios de Téucer. El verídico Apolo me ha prometido en nuevas tierras una Salamina igual a

la que abandonamos. ¡Oh bravos camaradas, que habéis padecido tanto en mi compañía,

disipad ahora las cuitas con el vino, que mañana volveremos a emprender nuestro viaje por la

inmensa llanura!»

VIII - A LIDIA

Por todos los dioses te lo ruego, dime, Lidia, ¿por qué precipitas con tu amor la ruina de

Síbaris? ¿Por qué odia ya el campo de Marte, donde sufrió mil veces las molestias del polvo y el

sol? ¿Por qué no cabalga esforzado entre sus compañeros, ni reprime la fogosidad del bridón

galo con el freno de dientes de lobo? ¿Por qué teme cruzar las rojas ondas del Tíber, y el aceite

de los atletas le infunde más horror que el veneno de las víboras? ¿Por qué no muestra en sus

brazos las señales lívidas de las armas, ni se gloria de arrojar el disco o el venablo más al á del

término señalado? ¿Por qué se esconde como el hijo de la marina Tetis, según es fama, antes de la ruina lastimosa de Troya, para no lanzarse, vistiendo la armadura, a la matanza contra las

falanges de Licia?

IX - A TALIARCO

¡Oh Taliarco!, ¿no ves cómo la cima del Soracte blanquea con la
nieve, las selvas agobiadas

apenas resisten el peso de la escarcha, y los ríos detienen su curso
encadenados por el hielo

riguroso?

Defiéndete del frío echando en el hogar leña en abundancia, y l ena
alegremente las copas del

vino de cuatro años que guarda el ánfora sabina. Lo demás déjalo al
arbitrio de los dioses que,

en cuanto amansen la furia de los vientos que encrespan las
hinchadas olas, dejarán de

combatir a los viejos olmos y altos cipreses.

Huye de inquirir lo que será del mañana, aprovecha bien los días
que te concede el destino, y

no desprecies las danzas y los tiernos amores; pues eres joven, y la
tardía vejez aún no se

atreve a marchitar tu lozano verdor.

Ahora debes frecuentar el campo de Marte, las plazas públicas y los
gratos coloquios nocturnos

que te l aman a la hora señalada. Ven a gozar la risa hechicera que
descubre a tu amante

escondida en su retiro silencioso, y a quitarle las joyas de sus
brazos y el anillo del dedo que

resiste suavemente tu intención.

X - A MERCURIO

Mercurio, elocuente nieto de Atlas, tú que lograste suavizar la áspera rudeza de los hombres

primitivos con la persuasión y los nobles ejercicios de la palestra, tú, el mensajero del gran

Júpiter y los dioses, inventor de la corva lira y diestro en esconder con hurto gracioso aquel o que

te agrada, tú serás hoy el numen de mis cantos.

Apolo quiso asustarte con terribles amenazas cuando aun eras niño, si no le devolvías las

vacas que le robaras astuto; pero se echó a reír viendo que su aljaba también había

desaparecido.

El rico Príamo, guiado por ti, abandonó a Ilión, burló a los soberbios Atridas, y cruzó por entre

las hogueras de los tésalos y el campamento que fue la ruina de Troya.

Tú conduces las almas piadosas a los lugares felices del Elíseo, y diriges las turbas de las

ligeras sombras con tu áureo caduceo, grato por igual a los dioses del Olimpo y del Averno.

XI - A LEUCÓNOE

No indagues, Leucónoe (no es lícito saberlo), qué fin reservan los dioses a tu vida y la mía, ni

combines los números mágicos. Mejor será que te resignes a los decretos del hado, sea que

Júpiter te conceda vivir muchos años, sea éste el último en que ves romperse las olas del Tirreno

contra los escolos opuestos a su furor. Sé prudente, bebe buen vino y reduce las largas

esperanzas al espacio breve de la existencia. Mientras hablamos, huye la hora envidiada.

Aprovecha el día, no confíes en el mañana.

XII - A AUGUSTO

¿Qué mortal, qué héroe intentas celebrar, ¡oh Clío!, con la lira o la flauta resonante, qué dios

cuyo nombre repita la juguetona imagen de la voz en los sombríos montes de Helicón, o en las

cimas del Pindo y del frío Hemo? De aquí descendieron las selvas arrastradas por los cantos de

Orfeo, que aprendió de su madre a detener el rápido curso de los ríos, el impulso de los ligeros

vientos, y mover las encinas que escuchaban los dulcísimos acordes de su cítara. ¿A quién daré

primero mis alabanzas antes que al padre Júpiter, soberano de los hombres y los dioses, que impera en la tierra y el mar y templó el curso vario de las estaciones?

Ningún dios sobrepuja su grandeza ni se aproxima a su poder; sin embargo, Palas merece en

segundo lugar los más altos honores.

No pasaré en silencio las empresas de Baco, audaz en los combates; de la casta Diana,

enemiga de las fieras salvajes, ni de Febo, temible por sus certeras saetas.

Cantaré los trabajos de Alcides y los hijos de Leda, el uno sin rival en las carreras de caballos,

el otro en las luchas del pugilato, cuya propicia estrella, en el momento que resplandece a los

ojos de los marineros, calma el mar agitado que bate las rocas,
amansa el fragor de los vientos,

disipa los nublados, y sumisas a la voluntad de estos Númenes, las
olas se duermen sobre la

líquida lanura.

Tras éstos, dudo si recordar primero a Rómulo o el pacífico reinado
de Numa Pompilio, o las

fascas soberbias de Tarquinio, o la muerte generosa de Catón.

También glorificaré en mis cantos a Régulo y los Escauros, y a
Paulo Emilio, que prodigó su

gran alma antes que sobrevivir al triunfo del cartaginés.

La dura pobreza, la hacienda corta y el humilde techo lanzaron a
conquistar los lauros de la

guerra a Fabricio, a Camilo y a Curio, el de los encrespados cabel
los.

Crece la fama de Marcelo, como el árbol más robusto, de día en día;
y el astro de Julio brilla

sobre todos, como la luna entre las estrellas del cielo.

Hijo de Saturno, padre y defensor de la humana gente, a ti confían
los hados la misión de velar

por el gran César, que será tu segundo en la tierra; y ya ostente en
su triunfo los parthos

domados que amenazaban al Lacio, o sujete en las comarcas
orientales a los seres y los indos,

bajo tu imperio regirá con sabias leyes el mundo; mientras tú
estremecerás el Olimpo con las

ruedas de tu carro, y con la diestra lanzarás el rayo sobre los
bosques que la impiedad ha

profanado.

XIII - A LIDIA

Cuando tú, Lidia, celebras el semblante de rosa y los brazos blancos como la cera de Télefo,

¡ay!, la bilis me quema las entrañas; al mismo tiempo pierdo el sentido y mudan de color mis

mejil as, por donde resbalan furtivas lágrimas, delatando el fuego lento que me consume.

Monto en cólera si veo en tus cándidos hombros los torpes indicios de las reyertas que acalora

el vino, o si ese joven, enardecido por la pasión, imprime en tu boca las señales harto visibles de

sus dientes.

No, Lidia; si oyes mis consejos, no esperes que sea eterno el amor brutal de quien hace con

sus besos saltar la sangre en tus labios, que Venus humedeció con la quinta esencia de su

néctar.

¡Felices tres veces y aun más los seres unidos por lazos indisolubles, y cuyo amor, triunfante de

quejas y recelos, sólo acaba con el último suspiro!

XIV - A LA REPÚBLICA

¡Oh nave!, ¿vuelves a lanzarte a los peligros de las olas? ¿Qué haces? Apresúrate a ganar el

puerto. ¿No ves tu costado desprovisto de remos, rotas tus antenas
y tu mástil quebrantado por

la violencia del Ábrego, y que sin cables ningún bajel es capaz de
resistir el imperioso oleaje?

Tus velas están destrozadas, y los Númenes desoyen las súplicas
que en tu angustia les diriges.

Aunque pongas en las nubes, hija nobilísima de las selvas del
Ponto, tu linaje y tu ilustre

nombre, el tímido piloto no confía nada en los dioses pintados en la
popa.

Si no quieres ser el ludibrio de los vientos, resguárdale en seguro.
Tú, que ayer me inspirabas

inquieta zozobra, hoy avivas mis cuidados y y solícitos deseos, para
que evites los escol os del

mar que baña las resplandecientes Cícladas.

XV - NEREO PROFETIZA LA RUINA DE TROYA

Cuando Paris, el pérfido pastor, conducía en las naves del Ida a la
robada Helena, Nereo sujetó

con el ocio ingrato los rápidos vientos para anunciarle su cruel
destino.

«Bajo auspicios fatales l evas a tu patria a esa mujer, que ha de
reclamarte con numerosas

huestes la Grecia, conjurada en romper tus nupcias y destruir el
antiguo reino de Príamo. » ¡Ay,

cuánta fatiga rendirá a cabal os y cabal eros! ¡Cuánta desolación
atraes sobre el pueblo de

Dárdano! Ya Palas prepara su yelmo, su égida, su carro y su furor.
»En vano orgulloso con la

ayuda de Venus peinarás tu cabel era y cantarás al son de la cítara
versos que hechicen a las

mujeres. En vano evitaras desde tu tálamo los rudos venablos, las
puntas de las saetas

cretenses, el clamoreo de la batalla y la persecución del volador
Ájax; aunque tarde, has de ver

manchados de polvo tus adúlteros cabellos. »¿No ves al hijo de
Laertes, exterminio de tu gente,

y a Néstor, el príncipe de Pilos? Ya te acosa el impávido Téucero
[Teucro] de Salamina y Esténelo,

diestro en el combate o impetuoso en el momento que es preciso
fustigar a los caballos. También

conocerás a Merión [Meriones]. He aquí al atroz hijo de Tideo, más
valiente que su padre,

corriendo enfurecido por alcanzarte; y como ciervo que se olvida del
pasto al divisar el lobo en la

otra ladera del valle, así tú le huirás con la respiración anhelante y
muerto de pavor.

No es esto lo que prometías a tu Helena. La escuadra del iracundo
Aquiles dilatará la ruina de

Ilión y las matronas frigias; mas pasados ciertos años, el fuego de
los aqueos abrasará las casas

de Troya.»

XVI - A SU AMIGA (PALINODIA)

¡Oh, de hermosa madre, hija más hermosa todavía!, destruye como te plazca mis versos

ofensivos, arrojándolos a las lamas o a las ondas del Adriático.

Cíbeles [Dindimene], Baco y Apolo Pitio no trastornan la mente de sus sacerdotes en los

santuarios de los templos, ni los Coribantes entrechocan sus escudos de bronce con más furia

que las iras desatentadas desafían el acero de los bárbaros, el fuego devorador, el mar y sus

nafragios y el poder del mismo Jove con sus rayos y truenos espantosos.

Es fama que Prometeo, en la necesidad de añadir al barro de nuestro ser alguna partícula de

otros animales, infundió en las entrañas del hombre la cólera del león furibundo.

Las iras ocasionaron a Tiestes horribles tormentos y fueron la principal causa de caer arrasadas

egregias ciudades, en torno de cuyos muros pasó el arado el insolente ejército de los enemigos.

Reprime tus enojos; confieso que en el ardor de la juventud me dejé arrebatado por la pasión y

vomitó en versos satíricos mil diatribas venenosas; pero hoy deseo que aquel encono se trueque

en más tiernos afectos, y así que me retracte de tales oprobios, me vuelvas

tu amistad y me entregues tu corazón.

XVII - Á TINDARIS

El veloz Fauno suele trocar el Liceo por mi amena Lucretila [el
Lucrétíl], y defiende del ardor

estival y las lluvias huracanadas a mis cabras, que, desviándose de
sus malolientes maridos,

recorren impunemente el apacible bosque tras el dulce madroño y el
tomillo.

Los cabritos no temen a las verdes culebras ni a los rapaces lobos,
cuando el dios, ¡oh

Tíndaris!, hace resonar su dulcísima avena por los valles y rocas
sembradas en la pendiente del

Ústica.

Los dioses me protegen, mi piedad y mis cantos son aceptos a los
dioses. Aquí la abundancia,

enriquecida con los frutos del campo, derramará en profusión para ti
los dones de su cuerno

fecundo.

Aquí, en el sombrío valle, evitarás el ardiente fuego de la Canícula,
y con la lira del cantor de

Teos ensalzarás a Penélope y la artificiosa Circe, enamoradas las
dos del gran Ulises.

Aquí, a la sombra, colmarás los vasos del inocente vino de Lesbos,
sin temor de que el hijo de Semele, unido con Marte, nos impulse a
peligrosas reyertas, ni recelar que el protervo Ciro,

abusando de tu debilidad, ponga en ti sus manos insolentes y te
quite la guirnalda de los

cabel os y rompa el vestido que cela tus encantos.

XVIII - A VARO

Varo, no siembres ningún árbol antes que la sagrada vid en el fértil suelo de Tíbur o las

pendientes de Cátulo; pues Dios reserva males sin número a los abstemios, y sólo con el vino se

disipan los cuidados roedores.

¿Quién después de haber bebido se queja de la pobreza o los trabajos de la guerra? ¿Quién

entonces no canta alegre al padre Baco y la hechicera Venus? Mas la lucha encarnizada de los

Centauros con los Lápidas por causa de la embriaguez, nos advierte que no se han de traspasar

los límites de la moderación, y nos lo advierte el rigor que desplegó Baco [Evio] con los tracios,

que no distinguían los deseos lícitos de los ilícitos en su febril acaloramiento.

Divino Basareo, no seré yo quien me entregue al exceso de la bebida, ni quien patentice lo que

ocultas entre el verde folaje; pero aparta de mí los ruidosos atabales y la trompa de Berecinto, a

quien acompañan siempre el ciego amor propio, el orgullo que yergue su cabeza vacía más de lo

justo, y la indiscreción, transparente como el vidrio, que divulga todos los secretos.

XIX - A GLÍCERA

La cruel madre de los ardientes deseos, el hijo de la tebana Sémele
y la voluptuosa licencia me

ordenan entregar mi ánimo a los amores que ya creía extinguidos.

Me arrebató la hermosura de Glícera, más blanca que el mármol de
Paros; me cautiva su

traviesa malignidad y su rostro, tan peligroso al que lo mira.

Venus ha dejado a Chipre por precipitarse toda entera en mi
corazón, y no consiento que

recuerde a los escitas ni a los parthos animosos, que pelean
huyendo en sus corceles, ni nada,

en fin, que no toque al amor.

Muchachos, traedme fresco césped, incienso, verbena y la copa con
vino de dos años; así que

la I ama devore la ofrenda, acudirá Glicera menos desdeñosa.

XX - A MECENAS

Beberás en pequeños vasos el vino común de la Sabina, que yo mismo guardé en el ánfora

griega, cuando recibiste en el teatro, querido cabal ero Mecenas, los aplausos estruendosos que

resonaron en las oril as del patrio Tíber e hicieron repetir tus alabanzas a los ecos del monte

Vaticano.

Tú bebes el Cécubo y el licor de la uva prensada en Cales; pero el vino Falerno y el de los

col ados de Formio nunca corrigen la aspereza del que l ena mis copas.

XXI - A DIANA Y APOLO

Tiernas doncellas, cantad a Diana; mancebos, cantad a Apolo [al Cinto], el de los largos

cabellos, y a Latona, tan tiernamente amada por el supremo Jove.

Ensalzad vosotras a la diosa que se recrea en las márgenes de los ríos y las sombras de los

bosques, que pueblan las heladas cumbres del Álgido y las oscuras selvas del Erimanto o el

Crago cubierto de verdor.

Vosotros, jóvenes, entonad las alabanzas del Tempe y la isla de Delos, patria de Apolo, que

adorna sus hombros con la aljaba y la lira presente de su hermano.

Él azotará a los persas y britanos con el hambre cruel, la peste y la guerra, que hace verter

tantas lágrimas, apartando sus estragos, movido por nuestras preces, del pueblo romano y su príncipe César [Augusto].

XXII - A ARISTIO FUSCO

El varón íntegro y puro de todo crimen no necesita, Fusco, los
venablos de los moros, ni el arco

y la aljaba llena de ponzoñosas saetas, ya camine por los
abrasados arenales [Sirtes], por el

Cáucaso inhospitalario o por los campos que riega el famoso
Hidaspes.

Entonando canciones a mi Lálage, paseábame sin armas y libre de
cuitas enojosas por los

lugares menos frecuentados de la selva Sabina, y de pronto me hal
é frente a un lobo que huyó

sin atacarme.

Monstruo terrible cual no lo alimentó jamás la belicosa Daunia en
sus vastos encinares, ni lo

crió la tierra africana, engendradora de ardientes leones.

Llévame a la desolada zona donde nunca las auras del estío
reaniman las plantas, o ala

extremidad del mundo en que reinan las brumas y las nieves
eternas; llévame a las tierras

inhabitables que abrasa el carro harto próximo del sol, y allí amaré a
Lálage por su dulce sonrisa

y su dulcísima voz.

XXIII - A CLOE

Huyes de mí, Cloe, semejante al cervatillo que busca a través del
fragoso monte a su asustada

madre, no sin espantarlo el vano ruido del viento entre las ramas de
los árboles; pues si el

retorno de la primavera agita las móviles hojas, o los verdes lagartos
remueven el zarzal, sus

rodil as tiemblan y su corazón se estremece.

No es mi ánimo despedazarte como un sanguinario tigre o un león
de Getulia; así, ya que estás

en sazón de ser amada, deja de seguir a tu madre.

XXIV - A VIRGILIO

¿Qué consuelo ni resignación cabe en la pérdida de tan caro amigo? Inspírame canciones

lúgubres, Melpómene, a quien el padre Jove dio con la lira una voz melodiosa. ¿Conque duerme

el eterno sueño Quintilio? ¿Cuándo hal arán quien [se] le iguale el pudor, la verdad sincera y la fe

incorruptible, hermana de la justicia?

Murió acompañado por las lágrimas de todos los buenos, pero nadie le l oró como tú, Virgilio,

que en vano pides a los dioses te devuelvan a Quintilio, no nacido para ser inmortal; y aunque

pulsaras más blandamente que el tracio Orfeo la lira escuchada por los árboles, no volvería la

sangre a reanimar la vana sombra que Mercurio, sordo a las preces para revocar los decretos de

los hados, empuja hacia el negro rebaño con su horrendo caduceo. <Es triste, pero más

l evadero hace la paciencia aquel o que corregir se nos veda>.

XXV - A LIDIA

Ya no l aman con golpes tan frecuentes a tus cerradas ventanas los jóvenes atrevidos, ni

alteran tu tranquilo sueño; la puerta, que giraba a todas horas sobre sus quicios, ama

permanecer quieta en los umbrales, y oyes menos veces de día en día este estribil o:

«¿Duermes, Lidia, dejando perecer a, tu amante?»

Muy pronto serás vieja sin atractivos, y l orarás en la silenciosa cal e los desprecios do tus

insolentes adoradores, expuesta al viento de Tracia que se desata en la luna nueva.

Entonces los ardientes deseos del amor, que suele enfurecer a tas madres de los potros,

abrasando tus l agadas entrañas, te arrancarán hondos gemidos, al ver cómo la juventud alegre

se corona de verde hiedra y mirto resplandeciente, y arroja las guirnaldas marchitas a las frías

ondas del Ebro [Euro].

XXVI - A SU MUSA

Amigo de las Musas, dejaré que los vientos tempestuosos
entreguen al mar de Creta mis

cuidados y tristezas, sin importarme qué rey se hace temer en las
heladas regiones del Norte, o

quién es el único que inspira de terror a Tiridates.

¡Oh dulcísima Pimplea, que te gozas en las fuentes cristalinas,
escoge las más bellas flores y

teje una corona a mi querido Lamia! Sin tu favor de nada le servirán
mis loores. Conságrale tú y

tus hermanas nuevos acordes arrancados con el plectro a la lira de
Lesbos.

XXVII - A SUS COMENSALES

Es propio de los tracios pelear arrojándose las copas, nacidas para infundir alegría. Rechazad

tan bárbara costumbre, y no tenga Baco que avergonzarse de provocar riñas sangrientas.

¡Cuánto desdice el cruel alfanje persa entre el vino y las antorchas!
Compañeros, apaciguad los

clamores del combate y permaneced apoyados sobre el codo en el lecho del festín.

Me exigís que apure también unos vasos de añejo Falerno.
Enhorabuena, que diga el hermano

de Megila de Opuntia qué feliz herida, qué saeta le causa una muerte tan deliciosa. ¿Cal a?

Pues sólo beberé con esta condición.

Sea quienquiera la beldad que te domina, no te abrasas en fuego de que puedas sonrojarte,

porque siempre pecas con mujeres bien nacidas. Ea, confía tus pesares en los discretos oídos

de tu amigo. Ya te oí, ¡oh joven desventurado y digno de consumirte en mejor l ama, en qué

peligrosos escol os [Caribdis] navegas!

¿Qué dios, que hechicera o qué mago con los venenos de Tesalia podría romper tus lazos? Tal

vez el mismo Belerofonte [Pégaso] no te librase de la informe Quimera enroscada a tu cuerpo.

XXVIII - ARQUITAS Y EL MARINERO

EL MARINERO.— Tú que mediste, Arquitas, los términos de la tierra
y el mar con sus

incontables arenas, yaces próximo al litoral etrusco por no haber
quien echase sobre tu cadáver

un puñado de polvo. ¿De qué te sirvió penetrar en las celestes
mansiones y recorrer el mundo

de polo a polo si habías de morir?

ARQUITAS.— También murió el padre de Pelops, comensal de los
dioses; Titón arrebatado a los

cielos y Minos admitido a los consejos secretos de Jove; también
habita en el Tártaro el hijo de

Pantoís [Pántoo], que descendió por segunda vez al reino de las
sombras, aunque demostrase

con el escudo arrancado del templo su presencia en la guerra de
Troya, y que sólo había

concedido a la muerte su piel y sus nervios, según tu dictamen,
escrutador profundo de la

naturaleza y la verdad.

Una misma noche nos espera a todos, y todos hemos de pisar una
vez el camino de la muerte.

Las Furias sacrifican la juventud en holocausto del ceñudo Marte, y
en las entrañas ávidas del

mar hal an su tumba los navegantes; mezclados se aglomeran los cortejos fúnebres de mozos y

ancianos, y ni una cabeza escapa a la cruel Prosérpina.

El Noto, rápido compañero de Orión en su ocaso, sepultóme en las ondas de Iliria; mas tú,

navegante, no te muestres tan malvado que niegues a mis huesos y cabeza insepulta algunos

puñados de movediza arena. Así las borrascas con que el Euro subleva las olas de Hesperia

vayan a caer sobre los bosques de Venusa [Venusia], salvando tu vida, y el benigno Júpiter y

Neptuno, protector de la ciudad sacra de Tarento, te enriquezcan con toda especie de lucrativas

ganancias. ¿Por ventura temes cometer un fraude que expíen más tarde tus hijos inocentes?

¡Ah!, tú serás condenado por la misma ley, y arrostrarás la misma suerte. Si me abandonas, mis

suplicas lograrán la venganza apetecida, y ninguna expiación te absolverá de tu crimen.

Como l evas prisa, sólo reclamo de ti breves momentos, y luego que me hayas echado tres veces un poco de tierra, podrás emprender de nuovo tu viaje.

XXIX - A ICCIO

¿Ahora envidias, Iccio, los ricos tesoros de los árabes, preparas sangrienta guerra a los reyes,

antes no domados, de Saba y forjas las cadenas que han de oprimir al horrible medo? ¿Qué

virgen extranjera te servirá como cautiva, después que hayas muerto a su prometido esposo?

¿Qué joven de cabel os perfumados y hábil en despedir la flecha sérica del arco paterno pasará

desde el palacio real a I enarte la copa? ¿Quién negará que los arroyos despeñados, pueden

subir a las cumbres de los montes, y volver a su fuente el Tíber, cuando tú cambias por las

lorigas de Iberia los libros de Panecio, recogidos en todas partes, y la doctrina de Sócrates,

defraudando las esperanzas que nos hiciste concebir?

XXX - A VENUS

¡Oh Venus!, reina de Gnido y Pafos, deja tu querida Chipre y
trasládate a la elegante mansión de

Glícera, que invoca tu favor, prodigando el incienso, y vengan
contigo el ardiente Cupido, las

Ninfas, las Gracias con el ceñidor suelto, Mercurio y la diosa de la
Juventud, sin ti muy poco

adorable.

XXXI - A APOLO

¿Qué pide el vate a Apolo en el día de la consagración de su templo? ¿Qué le ruega al derramar

el vino nuevo de su copa? No las mieses opimas de la feraz Cerdeña, no los lucidos rebaños de

la ardiente Calabria, no el oro o el marfil de la India, ni los campos que socava con sus tranquilas

ondas el Liris silencioso.

Coja la podadera de Cales el que deba a la Fortuna grandes viñedos, y apure en copas de oro

los vinos comprados con las esencias de Siria, el rico mercader a quien protegen los dioses,

permitiéndole atravesar impunemente el Atlántico tres o cuatro veces al año.

La aceituna, la achicoria y la humilde malva proveen a mi sustento, y sólo te suplico, hijo de

Latona, que me permitas gozar sano de cuerpo y alma los pocos bienes adquiridos, y que no se

arrastre torpemente mi vejez, privada de pulsar la cítara.

XXXII - A SU LIRA

<Nos reclaman>. Si en mis ratos de ocio canté a la sombra de los
arboles versos juguetones

acompañados por tus cuerdas, hoy te ruego que me inspires
canciones latinas que vivan este

año y otros muchos, ¡oh lira!, modulada por aquel poeta de Lesbos,
tan impávido en las batallas,

que entre el fragor de las armas y después de amarrar a la húmeda
costa su nave combatida por

la tormenta, cantaba a Baco [Líber] y a las Musas, a Venus, al rapaz
que siempre la acompaña y

a Lico, resplandeciente por sus negros ojos y negra cabel era. ¡Oh
gratísima cítara, honor de

Febo, encanto de los festines del supremo Jove y único alivio de mis
pesares, oye la voz piadosa

que te ama!

XXXIII - A ALBIO TIBULO

Albio, no te atormentes más de lo justo por el recuerdo de la cruel Glícera, ni te desates en

lacrimosas elegías, porque un rival de menos años te haya suplantado en su corazón.

El amor de Ciro abrasa a Licoris, la de lindísima frente; y Ciro se inclina hacia la desdeñosa

Fóloe; pero antes las cabras se unirán con los lobos de Apulia que Fóloe se entregue a tan torpe adúltero; así lo ha dispuesto Venus, a quien place, en sus juegos caprichosos, unir con férreo

yugo personas harto desiguales y muy opuestos caracteres.

A mí mismo, cuando un amor bien digno embargaba mi ser, me detuvo con agradables lazos la

libertina [liberta] Mirtale, más irascible que las olas del Adriático al estrellarse en los golfos de Calabria.

XXXIV - PALINODIA

Tibio y no frecuente adorador de los dioses, extraviado por una insana sabiduría, véome en la

precisión de volver atrás las velas y emprender de nuevo el camino abandonado; porque Júpiter,

rasgando mil veces las nubes con su rayo encendido, lanza por el cielo sus cabal os atronantes y

su carro volador que estremecen la baja tierra, los ríos fugitivos, la Estige, las cumbres del Atlas

y las hórridas mansiones del odioso Tártaro; él eleva a la altura a quien yace en el abismo, abate

al poderoso y hace brillar al que vive en la obscuridad. La Fortuna arrebatada con agudos gritos la

diadema de una frente, y se regocija poniéndola en otra distinta.

XXXV - A LA FORTUNA DE ANTIO

Diosa que reinas en el feliz Antio, que puedes elevar a los mortales más abatidos y convertir en

fúnebres pompas los soberbios triunfos, el pobre colono del campo te invoca con solícitas

preces, y te reconoce como señora del mar el navegante que en la nave de Bitinia desafía las

iras del Cárpatos.

Temen tu poder el dacio intratable y el escita que pelea huyendo, las ciudades y las naciones, el

belicoso latino, las madres de los reyes bárbaros y los tiranos vestidos de púrpura.

Sí, temen que tu pie injurioso derribe por tierra la columna que los sustenta, y que la revuelta

muchedumbre I ame a las armas a los ciudadanos pacíficos y destruya su imperio.

La dura necesidad camina siempre delante de ti, I evando en su broncínea mano los enormes

clavos, las cuñas, los garfios terribles del tormento y el plomo derretido.

La esperanza te sigue, y cubierta de blanco velo la rara fidelidad, que no rehusa acompañar a

la desgracia, cuando mudas de traje y abandonas como enemiga las mansiones del poderoso.

Pero el vulgo infiel y la perjura meretriz echan el paso atrás, y los falsos amigos rehuyen

igualmente sobrel evar tu pesado yugo si en los toneles quedan sólo las heces.

Guárdanos incólume a César [Augusto], resuelto a marchar contra los britanos en las últimas

regiones del mundo, y la nueva hueste de jóvenes que será pronto el terror de las comarcas

orientales y del mar Rojo.

¡Ay! Cuánto nos avergüenzan nuestros crímenes, nuestras cicatrices y nuestros hermanos

sacrificados. Edad endurecida, ¿ante qué delito nos hemos detenido?; ¿qué infamias olvidamos

cometer?; ¿de qué templo apartó la juventud sus manos por temor a los dioses?; ¿qué altares

perdonó? Así, ¡oh César!, forjes de nuevo en el yunque los aceros embotados y domes con el os

a los árabes y masagetas.

XXXVI - SOBRE LA VUELTA DE NÚMIDA

Con los granos del incienso, las cuerdas de la lira y la sangre de un tierno becerro, debemos

demostrar nuestro reconocimiento a los dioses protectores de Númida, que vuelve sano y salvo

de los remotos confines de Hesperia, y reparte besos y abrazos a sus caros amigos; pero a

nadie tantos como a su entrañable Lamia, recordando que juntos aprendieron los juegos de la

niñez y juntos tomaron la toga viril.

No olvidemos señalar con piedra blanca este fausto día, ni reposen un momento las ánforas, ni

demos paz a los pies, bailando a la manera de los Salios, ni la borracha Dámalis consiga vencer

a Baso bebiendo al uso tracio, ni falten en la mesa del banquete las rosas, los lirios <breves> y el

verde apio.

Todos clavarán sus ojos encendidos <lánguidos> en Dámalis, y
Dámalis estrechará a su nuevo

amante con la fuerza que estrecha al olmo la hiedra lasciva.

XXXVII - A SUS AMIGOS

Ahora, amigos, debemos beber y danzar alegremente; ahora es tiempo de colmar las mesas de

los dioses con los exquisitos manjares de los Salios. Antes de este día era un delito sacar el viejo

Cécubo de las bodegas paternas, pues una reina embriagada por su fortuna, de la cual osaba

esperarlo todo, con su hueste de guerreros torpes y enfermizos tenía preparada en su demencia

la ruina y los funerales del Imperio.

Mas se templó su furia cuando apenas le quedaba una de sus naves libre del incendio, y su

ánimo turbado por el vino Mareótico, sumióse en honda postración al llegar César [Augusto] de

las costas de Italia, incitando a sus remeros, como el gavián se precipita sobre la tímida paloma,

o el presto cazador sigue la liebre por los campos nevados de Tesalia, para sujetar en cadenas al

monstruo fatal que, anhelante de una muerte generosa, ni temió como mujer el filo de la espada,

ni quiso resguardar en puerto seguro su fugitiva escuadra; antes con impávido rostro y sin igual

fortaleza, osó visitar su palacio lleno de consternación y coger los ponzoñosos áspides y

aplicárselos al cuerpo que había de absorber su veneno, orgul osa
de su voluntaria muerte, que

quitaba a las naves liburnas la gloria de conducirla como una mujer
cualquiera ante el carro del

soberbio triunfador.

XXXVIII - A SU SIERVO

Muchacho, aborrezco el fausto de los persas; no me agradan las coronas cuyas hojas entrelaza

la sutil corteza del tejo; así, no te afanes por averiguar en qué punto florecen las rosas tardías.

Quiero que no emplees en mi guirnalda más que el simple mirto. El mirto te sienta muy bien al

alargarme la copa, y a mí cuando la apuro bajo la sombría parra.

LIBRO II

I - A ASINIO POLIÓN

Polión, amparo insigne de atribulados reos y lumbrera del Senado, a quien el triunfo de

Dalmacia coronó de inmortales laureles, en tu obra lúgubre de azarosos peligros, y caminando

sobre brasas cubiertas por una ceniza engañosa, nos relatas las discordias civiles que estallaron

durante el consulado de Metelo, las causas de la guerra, sus horrores y vicisitudes, los caprichos

de la fortuna, las amistades funestas de los caudillos y las armas teñidas de sangre, aun no

expiada.

Que la Musa de la severa tragedia falte un momento a los teatros; luego que hayas trazado el

cuadro de los públicos sucesos, volverás a cumplir la alta misión del poeta, calzándote el coturno

de Cecrops.

Ya resuena en los oídos el aviso amenazador de los cuernos y los clarines, ya el fulgor de las

armas amedrenta a los caballos en fuga y cubre de palidez el rostro de los cabaleros, ya creo oír las voces de los ínclitos capitanes manchados con el polvo <que no mancha> del campo de

batala, y aparecen sometidas todas las regiones del orbe, menos el ánimo indomable de Catón.

Juno y los dioses amigos de África, que abandonaron impotentes la tierra que no conseguían

vengar, han inmolado por fin, a los Manes de Yugurta, a los nietos de los vencedores.

¿Qué campos no ha regado la sangre latina, atestiguando con sus sepulcros nuestras impías

guerras, si hasta los muros oyó el estruendo de la ruina de Hesperia? ¿Qué golfos o ríos

ignoran nuestras luchas despiadadas? ¿Qué mar no enrojecieron las matanzas romanas? ¿Qué

ribera no ha bebido nuestra sangre?

Pero, Musa atrevida, no intentes, abandonando tus juegos, renovar las canciones de Simónides

de Ceos; ven conmigo a la gruta de Venus, y pulsa al í con plectro más suave las cuerdas de la

lira.

II - A CAYO SALUSTIO

Crispo Salustio, enemigo de los metales que esconde la tierra en su avaro seno, de nada sirve

el brillo de la plata <la plata oculta en la avarienta tierra carece de color> si no resplandece en la moderación de su empleo.

Proculeyo vivirá hasta remotas edades por haber sido un tierno padre con sus hermanos, y la

fama, en sus alas incansables, le llevará adonde quiera su nombre inmortal.

Reinarás en más vasto imperio sofocando los impulsos de la ambición que si juntas al dominio

de África la remota Cádiz, y una y otra Cartago obedecen tus mandatos.

La hidropesía cruel se agrava con la bebida <al que es indulgente consigo mismo>, y no apaga

la sed que la devora si no arranca de las venas la raíz de su dolencia y el humor acuoso de su

pálido cuerpo.

La Virtud, que rechaza las opiniones del vulgo, excluye del número de los venturosos a Fraates,

repuesto en el trono de Ciro, y enseña a los pueblos a no dejarse llevar de falsos prejuicios,

concediendo la diadema, el reino tranquilo y el laurel de la victoria al que pasa por delante de

grandes montones de oro sin torcer la vista para contemplarlos.

III - A QUINTO DELIO

Ten presente, Delio, que has de morir, y no pierdas la fortaleza del ánimo ante los rigores de la

adversidad, ni en los prósperos sucesos te dejes arrebatarse por una loca alegría; sea que hayas

vivido largo tiempo en la tristeza, sea que en los días festivos <recostado sobre la hierba

recoleta> te regales apurando las copas del añejo Falerno, al á donde el copudo pino y el álamo

blanco entrelazan sus ramas ofreciendo una sombra hospitalaria y las linfas del arroyo resbalan

fugitivas por su tortuoso cauce. <¿Para qué otro fin el ingente pino y el blanco álamo gustan de

asociar la sombra hospitalaria de sus ramas? ¿Para qué se esfuerza en saltar la linfa fugaz en

su oblicua rivera?>

Manda traer aquí vinos, unguentos exquisitos y las flores del ameno rosal que tan presto se

marchitan, pues te consienten tales goces tu hacienda, tu edad y los negros estambres de las

Parcas.

Un día dejaras los bosques y la rica mansión que compraste a peso de oro, con la casita de

campo que bañan las rojas ondas del Tíber, y un [feliz] heredero se hará dueño de tus inmensas

riquezas.

Ya seas rico y descendiente del <viejo> rey Ínaco, o pobre, de ínfima estirpe y sin otro abrigo que el cielo, has de perecer víctima del Orco inexorable.

A todos nos espera igual destino, y los nombres de todos se revuelven en la misma urna. Mas

tarde o más temprano saldrá la suerte y nos conducirá en la barca de Carón al eterno destierro.

IV - A JANTIAS [EL FOCEO]

Jantias Foceo, no te sonrojes del amor que te inspira tu esclava; mucho antes Briseida, la del seno de nieve, <Briseida, de color de nieve>, prendió el corazón del indomable Aquiles.

La belleza de la cautiva Tecmesa conmovió a su dueño Áyax, vástago de Telamón, y el hijo de

Atreo ardió por una virgen prisionera en el momento del triunfo, cuando las huestes bárbaras

sucumbían al ímpetu incontrastable de los tésalos, y el cadáver de Héctor entregaba a los

aqueos, cansados de guerras, la fácil conquista de Pérgamo.

Quién sabe si la rubia Filis es hija de ilustres progenitores que te ennoblezcan como yerno. Sin

duda corre sangre real por sus venas, y ¡ ora la crueldad de los dioses que la han reducido a la

servidumbre.

No es de creer proceda de la ínfima plebe la joven que te apasiona;
su noble fidelidad y

generoso desinterés revelan que no debe avergonzarse de la madre
a quien debe el ser.

Como no soy esclavo de su hermosura, bien puedo alabar sus
brazos, su rostro y su pierna

torneada; déjate de suspicacias ofensivas; he cumplido ya ocho
lustros de edad.

V - A UN AMIGO

Aún no tiene fuerzas para soportar en la domada cerviz el yugo, ni
compartir los trabajos de un

igual, ni tolerar el enorme peso del toro inflamado por los arrebatos
del amor.

El ánimo de tu novil a solo apetece regalarse en las verdes
praderas, defenderse en el río del

calor sofocante, y buscar solícita los terneros que retozan entro los
húmedos sauces.

No pretendas coger la uva que aun está verde; día l egará en que el
otoño, rico de frutos, te

ofrezca sus maduros racimos teñidos de púrpura.

Entonces el a misma te buscará; pues el tiempo, que vuela sin
descanso, le habrá añadido los

años robados a tu juventud; entonces Lálage, con frente
desembarazada, pedirá un esposo, y

será mucho más querida que Cloris y la inconstante Fóloe, cuando
deslumbra [los ojos] con sus

espaldas blancas como la luna reflejada en el mar, o [con su rostro
tan hermoso] como [el de]

Giges, que, metido en un corro de doncel as, engañaría respecto al
sexo los ojos más

perspicaces por su abundante cabel era y sus facciones delicadas.

VI - A TITO SEPTIMIO

Septimio, capaz de seguirme a Cádiz y la Cantabria, que aun resiste nuestro yugo, o a las sirtes

bárbaras donde hierven los remolinos de las olas mauritanas, ojalá Tíbur, fundada por una

colonia de Argos, sea el último retiro de mí vejez, y encuentre al í el sosiego apetecido mi cuerpo

fatigado de campañas y viajes por mar y tierra.

Si las Parcas inicuas me niegan este consuelo, me trasladaré a las márgenes del Galeso, que

sustentan rebaños de ovejas cubiertas de pieles, y a los campos donde reinó el laconio Falante.

Aquel rincón de tierra me deleita más que otro alguno; sus mieles no ceden a las del Himeto, y

sus olivos compiten con las verdes aceitunas de Venafro.

Al í es larga la primavera, Júpiter envía inviernos muy templados, y las laderas del Aulón, que

festonan las vides <y el Aulón, amigo del fértil Baco>, no tienen que envidiar nada a las uvas de Falerno.

Este sitio, este dichoso refugio te ama juntamente conmigo. En él derramarás las lágrimas que

debes a las calientes cenizas de tu amigo Horacio.

VII - A POMPEYO VARO

Pompeyo, el mejor de mis amigos, a cuyo lado tantas veces abrevié
la lentitud del día con la

copa en la mano, y ungidos mis cabellos relucientes con los
perfumes de Siria, ¿quién te ha

devuelto como ciudadano a los dioses patrios al cielo de Italia,
después de militar en el ejército

de Bruto y haber temido como yo en mil ocasiones que llegaba tu
última hora?

Contigo padecí la derrota de Filipos, y en la fuga acelerada
abandoné cobardemente el escudo,

viendo que se estrellaba nuestro arrojo y que los más valientes
mordían el polvo ensangrentado.

El ligero Mercurio me arrebató del pavoroso campo de batalla a <me
sustrajo a mí, aterrado> en espesa nube, mientras las olas en su
hirviente remolino te arrastraban de nuevo a los combates.

Ea, pues, ofrece a Jove el festín que le debes, descansa bajo mis
laureles el cuerpo fatigado

por tantas guerras, y no economices el vino de los toneles que te
brinda mi amistad.

Llena las copas del Másico, que sepulta en el olvido los pesares, y
derrama los ungüentos de

las grandes conchas. ¿Quién se apresura a tejernos coronas de mirto
y fresco apio?; ¿a quién

elegirá Venus por rey del banquete? Hoy he de ser menos comedido
que un bebedor tracio

<Bacante edona seré>. Me siento feliz perdiendo la razón por el
encuentro de tan fiel amigo.

VIII - A BARINE

Te daría crédito, Barine, si alguna vez hubieses sufrido la pena que merecen tus perjurios,

ennegreciéndose un solo diente de tu boca o una sola uña de tu mano. Pero tú, apenas acabas

de obligarte con pérfidos juramentos, resplandeces mucho más hermosa, y eres el ídolo público

de la juventud.

Bien puedes jurar por las cenizas de tu madre, encerradas en la urna fatal, por los astros

silenciosos de la noche que fulguran en el cielo, y por los dioses no sujetos al rigor helado de la

muerte.

La misma Venus se ríe de tus promesas, se ríen las candorosas Ninfas y el fiero Cupido, que

aguza sin descanso sus agudas saetas en una piedra ensangrentada.

Para ofrecerte su amor crecen todos nuestros jóvenes, esclavos nuevos de tus hechizos; y los

antiguos amantes, mil veces amenazados [por tu desvío], se resisten a abandonar el techo de su

cruel enemiga.

Las madres te temen por sus hijos <novil os>, te temen los viejos avaros, y aun temen más las

miseras doncel as recién casadas que el ámbar de tu aliento <tu
aura> detenga a sus maridos en

tus umbrales.

IX - A VALGIO

No siempre despiden las nubes torrentes de lluvia sobre los yertos campos, ni fatigan

incansables al mar Caspio las borrascas espantosas, ni los montes de Armenia, amigo Valgio,

están cubiertos de hielo todos los meses, ni las encinas del Gárgano son combatidas sin cesar

por los aquilones, ni los olmos pierden el lozano verdor de sus hojas.

Y tú montes con incesantes lamentos a Miste, que la muerte te arrebató, sin reprimir tus sollozos

cuando surge el lucero de la tarde, ni cuando desaparece a la salida del sol.

Mas Néstor, el anciano que vivió tres edades, no lloró todos los años a su amado Antíloco, ni

lloraron siempre la pérdida del joven Troilo sus padres y sus hermanas frigias. Cesa, pues, en tus

querelas <quejas>, indignas de tu valor, y celebremos juntos los nuevos trofeos de Augusto

César, y el Éufrates <río mudo> y el helado Nifates que, revolviendo menores raudales, se

suman a los pueblos vencidos, y los gelonos, obligados a cabalgar en más estrecho territorio.

X - A LICINIO

Vivirás dichoso, Licinio, no desafiando a todas horas los peligros de alta mar, ni por horror

excesivo de las tempestades, bordeando la costa erizada de escollos <acercándote demasiado a

la peligrosa costa>.

El que se contenta con su áurea medianía no padece intranquilo las miserias de un techo que

se desmorona, ni habita palacios fastuosos que provoquen a la envidia.

El pino robusto es con más frecuencia sacudido por los vientos; las torres excelsas se

desplomán con mayor estruendo, y los rayos del cielo hieren las cumbres de los montes.

El ánimo bien preparado a las alternativas de la suerte espera cuando le acosa la adversidad, y

teme si le sonrío la fortuna. Júpiter envía los crudos inviernos y Júpiter los ahuyenta. Si hoy nos

agobian los males, no ha de ser lo mismo mañana; no siempre Apolo tiene el arco tirante; a

veces despierta la calada Musa con su lira.

Muéstrate firme y animoso en la desgracia, y con prudencia recoge las velas hinchadas por el

viento de la fortuna demasiado favorable.

XI - A QUINTO, HIRPINO

Quinto Hirpino, no te empeñes en averiguar los designios del
cántabro belicoso y el escita, que

el Adriático separa de nosotros, ni te afanes tanto por satisfacer
<cómo emplear> las exigencias de una vida que necesita tan poco.
Huye veloz la juventud lozana en compañía de la belleza, y la

rugosa vejez se nos lleva los amores juguetones y los fáciles
sueños.

No conservan largo tiempo su esencia y sus matices las flores de la
primavera, ni el rostro

encendido de la luna brilla a todas las noches con igual esplendor.
¿Por qué fatigas con eternos

proyectos tu ánimo, incapaz de sustentarlos?

¿No sería mejor tendernos con negligencia a la sombra del alto
plátano o el recio pino <este

pino>, y pues se nos consiente, apurar sendas copas y adornar de
rosas nuestros canos

cabellos, perfumados con los nardos de Asiria? Baco <Evio> disipa
los cuidados roedores. A ver

qué siervo joven refrescará más presto los vasos del ardiente
Falerno en <con> las aguas del

arroyo fugitivo.

¿Quién se encargará de sacar en secreto de su casa a la cortesana
Lide? Ea, dile que venga

sin tardanza con su lira de marfil, y que ligue sus cabellos sueltos
con un nudo, al uso de las

mujeres de Esparta.

XII - A MECENAS

No pretendas que cante <sean adaptadas> al compás de la cítara
las obstinadas luchas de la

feroz Numancia, las batallas del fiero Aníbal, el mar de Sicilia
enrojecido por la sangre

cartaginesa, las contiendas de los <crueles> Lápitidas, la embriaguez
del centauro Hileo o los

Titanes, hijos de la Tierra, que hicieron estremecer el refulgente
palacio del viejo Saturno,

domados por la mano de Hércules. Tú, Mecenas, relatarás en fácil
prosa y con mayor elocuencia

las campañas de César, que conduce por las calles de Roma las
cerviceras humilladas de los

reyes amenazadores; a mí la Musa me ordena ensalzar los
dulcísimos cantos de tu amada

Licimnia, el hechizo de sus ojos abrasadores y su pecho fiel en
pagar con creces el amor que le

profesas.

El día solemne en que se celebran las fiestas de Diana brilla como
ninguna por su agilidad en la

danza, su genio bullicioso y la donosura con que da las manos a las
vírgenes compañeras de

sus juegos.

<¿Acaso> cuando aproxima Licimnia su lindo rostro para recibir tus ardientes besos, o con

fingida esquivez te los niega, porque a concedértelos prefiere que se los robes, y a veces el a se

anticipa a robártelos, ¿venderías entonces uno solo de sus cabel os por las riquezas fabulosas

del rey Midas, los tesoros del gran Aquémenes o los aromas y perlas de los árabes?

XIII - CONTRA UN ÁRBOL

Maldito sea aquel que te plantó el primero en infausto día, y luego te trasladó con mano

sacrílega, para que fueses la ruina de su descendencia y el oprobio del lugar.

Creo que degol ó a su padre y mancilló por la noche su casa con la sangre del huésped, y supo

confeccionar los venenos de Colcos, y atreverse a cuanto es capaz de concebir el ingenio más

infame, el que te plantó en mi campo, árbol inicuo, que habías de caer sobre la cabeza de tu

inocente dueño.

Por más peligros que evite, nunca tendrá el hombre la cautela de evitarlos todos. El marino de

Cartago mira con horror la entrada del Bósforo, y no ve los riesgos con que en otra parte le

acecha su adverso destino; el soldado romano teme las saetas y la rápida fuga del partho, y éste

las cadenas y el esfuerzo del romano; pero la muerte arrebatada de
improviso, y seguirá

arrebatando a las gentes.

Cuán cerca estuve de visitar el tenebroso reino de Prosérpina, el
tribunal de Éaco, los sitios

apartados de las almas piadosas, y a Safo quejándose en la lira
eolia de las doncellas de su

patria y a ti, Alceo, que pulsas varonilmente <más plenamente> las
cuerdas con tu plectro de oro, cantando las borrascas del mar, los
trances de la guerra y las amarguras del destierro.

Las sombras escuchan con admiración sus cantos <los cantos de
ambos>, dignos de un

religioso silencio, pero la inmensa muchedumbre del vulgo presta
oídos más atentos al fragor de

las batallas y los tiranos destronados.

Y no es de admirar cuando el monstruo de cien cabezas, poseído de
estupor, humilla a sus

negras orejas al son de sus versos, y se estremecen de alegría las
sierpes enlazadas en los

cabellos de las Furias.

También Prometeo y el padre de Pelops hallan en tan dulces
acentos alivio a sus trabajos, y

Orión se olvida de perseguir los leones y los tímidos linceos.

XIV - A PÓSTUMO

Cuán fugaces, ¡ay! Póstumo, Postumo, resbalan los años, sin que nuestra piedad alcance a

detener las arrugas de la presurosa vejez ni el rigor implacable de la muerte.

Amigo, será inútil que intentes aplacar con tres hecatombes <trecentos toros> cada día al

inexorable Pintón, que rodea a Titio y al triforme Gerión <Geriones> con las tristes ondas [de la Estigia], que hemos de atravesar cuantos nos alimentamos de los frutos de la tierra, ora seamos

reyes, ora pobres colonos.

En vano evitaremos los cruentos choques de Marte, en vano venceremos el ronco oleaje del

Adriático furioso, en vano a la llegada del otoño nos defenderemos del Austro, tan nocivo a la

salud.

Tenemos que visitar el negro Cocito, que desliza lánguidamente su curso, y ver la raza infame

de Dánao, y a Sísifo, el hijo de Eolo, condenado a su eterno suplicio.

Habrás de dejar tus campos, tu casa, tu placentera esposa, y de todos los árboles que cultivas

sólo acompañará a su dueño de un día

el aborrecido ciprés.

Un heredero más digno consumirá el Cécubo que guardas con cien laves, y hará correr por el

rico pavimento el vino, que sería envidiado en las mesas de los pontífices.

XV - CONTRA EL LUJO DE SU SIGLO

Ya los suntuosos edificios apenas dejan campos a la labor del arado; por doquiera se ven

estanques mayores que el lago Lucrino; el estéril plátano sustituye a los olmos; las violetas, los

arrayanes y toda especie de flores esparcen <esparcirán> sus perfumes en los olivares que

enriquecían a sus primitivos dueños, y las espesas ramas del laurel impiden llegar a tierra los

rayos del sol. No sucedía así en el reinado de Rómulo ni en tiempos del rígido Catón, defensor

de las antiguas leyes.

Eran entonces muy cortas las fortunas privadas y muy grande la del común; no alzaba pórticos

dilatados <de diez pies> y abiertos a las ráfagas del Norte el simple particular; las leyes no

permitían que nadie despreciase el césped natural, y ordenaban que la pública hacienda

sufragase los gastos de hermosear con ricos mármoles las ciudades y los templos de los dioses.

XVI - A GROSFIO

Ocio pide a los dioses el marinero sorprendido en medio del Egeo,
al ocultarse la luna entre

negros nubarrones y oscurecerse las estrellas que guían al piloto.

El tracio [la Tracia] feroz en la guerra, y el medo, orgulloso con su
aljaba, <Grosfio>, anhelan también el ocio, que no se compra con la
púrpura, las piedras finas o el oro.

Ni las riquezas ni el lictor consular remueven del alma las tristezas
hondas que la perturban y

las zozobras que vuelan en torno de los techos artesonados.

Con poco vive feliz el que en su mesa frugal ve resplandecer el
salero que heredó de su padre,

y ni al miedo ni a la sórdida ambición sacrifica su plácido sueño.

¿Cómo nuestra insensatez forma tan grandes proyectos con vida
tan corta? ¿A qué volamos a

tierras calentadas por otros soles? ¿Quien al desterrarse de su
patria huye de sí mismo?

El afán de riquezas sube con nosotros a las naves guarnecidas de
bronce, y sigue a los

escuadrones de cabaleros más veloz que el gamo y más veloz que
el Euro, forjador de

tempestades.

El ánimo satisfecho con los bienes presentes, no se inquieta por
averiguar lo que ha de venir, y

templa con alegres risas sus amarguras, porque nadie es completamente feliz.

Una muerte prematura arrebató al glorioso Aquiles; una larga vejez disminuyó a Titono, y tal vez

la hora próxima me acuerde a mí lo que a ti te niega.

Cien rebaños y vacas sicilianas mugen en tus praderas; para ti relinchan las yeguas que has de

uncir a la cuadriga, y te visten los velones teñidos dos veces en la púrpura africana. La Parca

veraz me concedió a mí un pequeño campo, un soplo de la inspiración que infunden las Musas

helénicas, y valor para despreciar al vulgo maligno.

XVII - A MECENAS ENFERMO

¿Por qué me entristeces con tus amargos lamentos? Mecenas, mi mayor gloria, mi sostén más

firme, ni los dioses ni yo queremos que me precedas en la muerte.

¡Ah! Si un sino despiadado te arrebatase a ti, parte principal de mi alma, ¿para qué había de

vivir yo privado del entrañable amigo, y sobreviviéndole sólo en la mitad de mi ser? El mismo día

verá la ruina de los dos; no hago pérfidos juramentos. Iremos, iremos adonde vayas, como

compañeros dispuestos a emprender el último viaje.

No me apartará de ti el aliento de fuego que vomita la Quimera, ni aunque resucitase Gías

<Gigante> el de los cien brazos; así lo decretaron las Parcas y la soberana Justicia.

Ora la Balanza o el pavoroso Escorpión, ora el Capricornio que tiraniza el mar de Hesperia

hayan presidido con violencia mi nacimiento, nuestros destinos están unidos con lazo indisoluble.

La brida ante tutela de Jove te libró del impío Saturno, y detuvo las rápidas alas de la muerte

cuando la muchedumbre del pueblo hizo resonar tres veces sus alegres aplausos en el teatro.

Un tronco caído sobre mi cabeza hubiera dado cuenta de mí, si
Fauno, protector de los favoritos

de Mercurio, no evitase el golpe con su diestra. No olvides ofrecer
las víctimas y erigir el templo

que prometiste. Yo sacrificaré una humilde cordera.

XVIII - CONTRA UN AVARO

Ni el marfil ni los dorados artesones enriquecen mi casa, ni los troncos del Himeto oprimen las

columnas arrancadas a las canteras de Numidia, ni heredero desconocido tomé posesión del

palacio de Átalo, ni honestas clientes tiñen para mí de púrpura los velones de Laeonia.

Me basta con mi lira y la vena benigna de mi inspiración; aunque pobre, los ricos solicitan mi

amistad; no importuno con exigencias a los dioses, ni reclamo nuevas mercedes de mi poderoso

amigo, pues me juzgo bastante feliz con mis tierras de Sabina.

Un día empuja a otro día; las nuevas lunas surgen y desaparecen; mas tú, cercano a la muerte,

ordenas labrarlos mármoles y con ellos levantas suntuosas edificaciones, olvidándote del

sepulcro; y no satisfecho con las tierras que posees, te esfuerzas por dilatar las costas de

Bayas, donde se quiebra con estruendo el oleaje.

¿Por qué remueves sin cesar las lindes vecinas y en tu avaricia invades los campos de tus de

tus clientes? El esposo y la esposa son arrojados, llevándome contigo sus patrios Penates y sus

hijos hijos harapientos; pero no por eso aguarda al rico palacio más seguro

que la morada del Orco rapaz. ¿A qué codicias tanto? La misma tierra abre su seno al

miserable que a los hijos de los reyes. El guardián del Averno, sobornado por el oro, no condujo

de nuevo a la orilla al astuto Prometeo, ni dejó de oprimir al soberbio Tántalo con su raza

maldecida, y se le llame o no se le llame, viene por fin a aliviar las miserias del pobre.

XIX - A BACO

Creedme, venideros, he visto a Baco en las rocas apartadas enseñando hermosos cantos a las

Ninfas, que los aprendían solícitas, y a los Sátiros con pies de cabra, que estiraban sus orejas

puntiagudas.

¡Vitor! Mi ánimo se estremece con el delirio reciente, y el pecho lleno de Baco palpita con

tumultuosa alegría. ¡Vitor! Perdóname, Baco; perdóname, dios temible del tirso amenazador.

Tú me permites celebrar las Bacantes sobreexcitadas, las fuentes de vino, los arroyos de

purísima leche, y recoger cien veces la miel que manan los huecos de las encinas.

Tú me consientes ensalzar la gloria de tu divina esposa, que fulgura en el cielo, la mansión de

Penteo, destrozada con miserable ruina, y la muerte del tracio
Licurgo.

Tú enfrenas el curso de los ríos y aplacas el mar de la India <mar
bárbaro>; tú, en los montes

solitarios, enardecido por la embriaguez, entrelazas sin riesgo
manojos de víboras en los

cabellos de las mujeres tracias.

Tú, cuando la cohorte impía de los Gigantes osó escalar el excelso
reino de Jove, destrozaste a

Reto con tus uñas y dientes feroces de león.

Creíamos que eras más apto en las danzas, los juegos y las fiestas
que en los peligros de

Marte; pero tú te mostraste tan poderoso en la guerra como en la
paz.

A la salida del infierno, deslumbrado por tus cuernos de oro, te
contempla con mansedumbre el

Cérbero, que mueve suavemente la cola y lame tus plantas con sus
tres lenguas.

XX - A MECENAS

Con alas potentes y nunca vistas, poeta de dos formas, hondiré el azul espacio, sin detenerme

largo tiempo en la tierra, y más grande que la envidia, abandonaré sus ciudades. Yo, nacido de

humiles padres, y a quien tú, Mecenas, I amas amigo, no moriré del todo, ni me veré rodeado por

las ondas de la Estigia <Estige>.

Ya la áspera piel se endurece sobre mis piernas; ya de medio cuerpo arriba me transformo en

blanco cisne, y las plumas suaves me nacen por los dedos y los hombros.

Ya más presto que Ícaro el de Dédalo, cantor alado, visitaré las playas donde gime el Bósforo,

las sirtes de Getulia y los campos Hiperbóreos.

El morador de Colcos, el dacio que disimula el miedo que le infunden los ejércitos marsos y los

remotos gelonos, oirán mi nombre; el docto ibero <Híber> y el que bebe las aguas del Ródano

aprenderán mis canciones.

Que no se oigan acentos tristes ni quejas lastimosas, ni llantos desolados en mis vanos

funerales; refrena tus clamores y no me prodigues las pompas inútiles del sepulcro.

LIBRO III

I - SOBRE LA TRANQUILIDAD DEL ÁNIMO

Odio al vulgo profano, y lo rechazo. Favorecedme con vuestro silencio; sacerdote de las Musas,

canto versos nunca oídos a las vírgenes y los mancebos.

Los rebaños de pueblos tiemblan ante sus propios reyes; los reyes, a su vez, tiemblan ante el imperio de Jove, que, esclarecido por su triunfo sobre los Titanes, conmueve los mundos al

fruncir el entrecejo.

Uno extiende, más que el vecino, en los surcos las filas de árboles; éste, de sangre más

generosa, baja al campo de Marte a caza de honores; esotro lucha confiado en su buen nombre

y sus virtudes cívicas; aquél se autoriza con la turba numerosa de sus clientes, pero la necesidad

igual a altos y bajos con la misma ley, y en la vasta urna se revuelven los nombres de todos.

Al que ve pendiente la espada amenazadora sobre su impía cabeza, ni los manjares de Sicilia

le regalan con su dulce sabor, ni los sonidos de la cítara o los gorjeos de las aves le incitan al

sueño. El blando sueño de los pobres labriegos se concilia mejor en las humildes cabañas, en

las riberas sombreadas por el ramaje o en el valle de Tempe que los Céfiros acarician.

Quien limita sus deseos a lo necesario, no se intimida por las borrascas de los mares <no

inquieta al tumultuoso mar>, y desafía los ímpetus violentos del Arturo en su ocaso o del

aparecer de las Cabrilas.

No se queja de sus viñas azotadas por el granizo, ni de su heredad improductiva, ya culpen los

árboles a las lluvias insistentes, ya al crudo rigor del invierno o al estío que abrasa los campos.

Los peces se sienten estrechados por las moles que se alzan en el líquido elemento, y los ricos,

cansados de habitar la tierra, traen aquí sus numerosos contratistas con carros de materiales y

falanges de obreros; mas el temor y la zozobra los siguen, tenaces, adondequier, montan con

ellos en la trirreme guarnecida de bronce, y cabalgan a sus grupas, oprimiéndolos con sombríos

cuidados.

Pues si los mármoles de Frigia, los mantos de púrpura más resplandecientes que la luz, las

copas de Falerno o los perfumes de Aquémenes no libran de angustias al poderoso, ¿a qué

someterme a las exigencias del fausto y edificar atrios suntuosos con pórticos que exciten la

envidia? ¿A qué iré a trocar el valle de Sabina por riquezas que sean mi tormento?

II - A SUS AMIGOS

[Amigos], aprenda el joven robusto en la dura escuela de la milicia a soportar <amigablemente>

la ingrata pobreza, y, cabal ero temible, persiga a los feroces parthos con su lanza.

Sufra <Pase la vida bajo> las inclemencias del cielo, y realice tan intrépidas hazañas que,

contemplándolo desde las mural as enemigas la esposa del tirano a quien combate, con su hija

ya núbil, suspire, ¡ay!, porque su real esposo, ignorante del arte bélica, no provoque el encuentro

de león tan indomable, cuya cruenta rabia se goza en la atroz carnicería.

Es dulce y glorioso morir por la patria. La muerte acosa en la fuga al cobarde, y no perdona al

joven <no perdona las corvas del joven> sin arresto que vuelve al peligro las tímidas espaldas.

La virtud, no acostumbrada a la torpe repulsa, resplandece por sí misma con bril antísimos

fulgores, y no toma o depone las segures al antojo del aura popular.

La virtud se abre paso por caminos jamás hol ados, eleva al cielo a los que ganan la

inmortalidad, y desprecia en sus atrevidos vuelos el fango de la tierra y el aplauso del vulgo.

El silencio fiel tiene asimismo su premio reservado. Yo procuraré que no habite conmigo bajo el

mismo techo, ni monte conmigo en el mismo esquife el indiscreto que osó divulgar los misterios

de Ceres. Muchas veces Júpiter ofendido hiere de un golpe al culpable y al inocente, y es muy

raro que la pena, con su pie cojo, no consiga alcanzar al perverso que huye de él a acelerado.

III - AL VARÓN CONSTANTE

Al varón justo y firme en sus propósitos no lo apartarán del recto camino los gritos de los

ciudadanos que le incitan al crimen, el aspecto amenazador de un tirano, el Austro que subleva

las olas inquietas del Adriático, ni la mano poderosa del fulminante Jove. Si el orbe estalla hecho

pedazos, las ruinas le cogerán sin espanto.

Merced a esta fortaleza, Pólux y el infatigable Hércules escalaron las celestes mansiones, y

Augusto, reclinado entre tales héroes, apura el néctar de los divinos banquetes; por él mereció

el padre Baco que los tigres, doblando al yugo su indócil cuello, lo condujeran en su carro, y que

Quirino triunfase del Aqueronte, arrastrado por los bridones de Marte, gracias a la elocuencia desplegada por Juno en la asamblea de los dioses. «Ilión, Ilión, un Juez incestuoso y fatal para ti

y una mujer extranjera te han reducido a pavesas, pues desde el día en que dejó Laomedonte de

pagar a los Números las pactadas recompensas, su pueblo, con su fraudulento rey, fue

entregado a mi venganza y a la de la casta Minerva.

Ya no resplandece el famoso <infame> huésped de la adúltera espartana, ni la perjura casa de

Príamo rechaza con el brío de Héctor a los intrépidos aqueos; acabó, por fin, la guerra que

prolongaron nuestras disensiones. Satisfecho mi odio rencoroso, entrego a Marte el nieto

aborrecido que dio a luz una sacerdotisa troyana; le consiento subir a la cumbre luminosa del

Olimpo, beber <conocer> las copas de néctar y sentarse en la tranquila compañía de los dioses.

Vivan estos desterrados en cualquier parte felices, siempre que el mar bravío se interponga

entre Roma e Ilión; siempre que el ganado insulte <hol en> sin temor los sepulcros de Paris y

Príamo, y las fieras no perseguidas oculten al í sus cachorros. Que el Capitolio brille

esplendoroso, y la triunfante Roma pueda dictar leyes a los medos vencidos y extender el terror

de su nombre a los postreros confines por donde el mar separa el África de Europa, y por los

campos que riegan las inundaciones del Nilo.

Que se muestre más generosa despreciando el oro oculto en el seno de la tierra, donde debía

permanecer siempre escondido, que hábil en aprovecharlo para los usos humanos, o pronta a

arrebatarlo de los templos con mano sacrílega.

Que llegue a sojuzgar con sus armas las regiones más apartadas del mundo, y dilate su

dominio desde <exultante por ver> las zonas tostadas por el sol, a las que yacen envueltas por

las nieblas y las lluvias del invierno.

Pero anuncio tan felices hados a los romanos con esta condición: que no intenten por un

exceso de piedad o sobra de confianza en su suerte levantar las murallas de la ciudad donde

vivieron sus antepasados.

Troya, renaciendo bajo funestos auspicios, volvería a sucumbir con espantoso estrago; porque

yo, la hermana y esposa de Jove, lanzaría contra ella a las falanges que la arruinara.

Si Apolo la ciñese de un triple muro de bronce, caería tres veces al ímpetu de mis aqueos, y

tres veces las matronas cautivas habrían de llorar la muerte de sus hijos y esposos.»

Pero, Musa, ¿adónde diriges tu vuelo? Tan altos asuntos no convienen a mi lira juguetona; cesa

en tu porfía de referir los discursos de los dioses y cantar sus designios a tus <estos> débiles acordes.

IV - A CALÍOPE

Desciende del cielo, soberana Calíope, y acompaña con tu flauta mi canto heroico <y entona un

largo canto>, si no <tanto si> prefieres que suene tu divina voz sola o al compás de las cuerdas y la cítara de Apolo.

¿La oís, o es una ilusión deliciosa que me engaña? La oigo, y la veo errar por los bosques

sagrados, que bañan los <amenos> arroyos y perfuman las auras.

Las palomas mensajeras de Venus me cubrieron de hojas frescas y recientes un día que el

cansancio del juego me rindió dormido en el monte Vúltur, a la falda que se extiende más al á de

la Apulia, mi país natal: <Siendo yo niño que, fatigado de jugar, al sueño en el ápulo Vúltur, más al á de lo permitido por Pulia, mi ama, me daba, palomas míticas con rara fronda me cubrieron>

prodigio que admiraron cuantos habitan como en nidos las rocas de Aceruntia, los bosques de

Bantia y los fértiles valles del humilde Forento.

Niño animoso con el favor de los dioses, dormía seguro de las garras de los osos y la ponzoña

de las víboras sobre hojas de laurel sagrado y fresco mirto.

Vuestro favor, ¡oh Musas!, vuestro favor me ensalza <Vuestro, Camenas, vuestro, me elevo> a

las cumbres de los montes sabinos, dirige mis pasos a la fría
Preneste, a las colinas de Tíbur o a

las risueñas costas de Bayas.

Por haber amado vuestras fuentes y vuestros coros no perecí en el
desastroso combate de

Filipos, ni a la caída de un árbol funesto, ni en los escollos de
Palinuro, que azota el mar de

Sicilia.

Como atrevido piloto no vacilaré, siempre que me hagáis compañía,
en arrostrar las

tempestades del Bósforo, ni en pisar como viajero las ardientes
arenas de las playas asirias.

Visitaré indemne al britano tan cruel con el extranjero, al concano
que se abreva alegremente

en la sangre de sus caballos, al gelono armado de su aljaba y el río
de la Escitia.

Vosotras recreáis en la gruta Pieria al gran César <Augusto> cuando
busca descanso a sus

trabajos, y reconcentra en las ciudades sus cohortes fatigadas de
tantas guerras; vosotras <,

bienhechoras,> le dais consejos de clemencia, y os regocijáis de
habérselos dado. Bien

sabemos cómo aniquiló con el rayo destructor a los impíos Titanes y
sus horrendos secuaces el

dios único que gobierna con magnánima equidad la tierra inmóvil, el
mar tumultuoso, el reino de

las sombras, las ciudades, los Númenes y las turbas de los mortales.

Había infundido gran terror en el ánimo de Jove la audacia de aquella juventud, que intentaba

con la fuerza de sus brazos colocar el Pelión sobre las cumbres del Olimpo; ¿mas qué podían

Tifeo y el robusto Mimante, Reto, Porfirión el de estatura colosal, y Encélado, que por dardos

vibraba troncos arrancados de cuajo, contra la égida resonante de Palas? Alí peleó Vulcano

ávido de sangre, la matrona Juno y Apolo venerado en Pátara y Delos, que nunca suelta el arco

de los hombros, que lava sus hermosos <sueltos> cabellos en las puras ondas de Castalia, y

habita en las montañas <breñas> de Licia <y> las selvas que le vieron nacer.

La fuerza que no guía el consejo se precipita por su propio peso. Los Númenes robustecen la

fuerza que dirige la prudencia, y odian la que impulsa a los hombres a cometer toda maldad.

Testigos de mis asertos son Giges <Gigante>, el de los cien brazos, y el infame Oríon, que

atendió a la castidad de Minerva, cayendo derribado por las saetas de la virgen.

La tierra se conmueve de los monstruos que abortó y ahora la suerte de sus hijos lanzados por el

rayo a las tinieblas del Orco. Ni las lamas que Encélado vomita devoran su prisión del Etna, ni el

buitre <pájaro> que castiga la maldad del incontinente Titio deja nunca de roerle las entrañas, y trescientas cadenas sujetan a Pirítoo, el amante de Prosérpina.

V - ELOGIO DE AUGUSTO

Por los truenos espantosos creemos <creimos> que Júpiter reina en el cielo; Augusto es <será> reconocido como dios en la tierra, por haber sometido a su imperio los bretones y los formidables

persas.

El soldado de Craso vivió en torpes lazos maritales con esposas extranjeras. ¡Oh curia, cuánta

corrupción! El marso y el apulio han podido envejecer en los campos de los enemigos hechos

sus parientes y prosternarse ante un rey medo, olvidados de los escudos anciles, el nombre, la

toga y el fuego eterno de Vesta, reinando incólume Jove y la ciudad de Roma.

El magnánimo Régulo quiso precaver tanta vergüenza, rechazando condiciones humil antes de

paz y oponiéndose a tratos que habían de sernos funestos en el porvenir si no se dejaba perecer

aquel a juventud cautiva e indigna de compasión. «Yo he visto, dijo, las enseñas romanas y las

armas rendidas sin combatir, que adornaban como trofeos los templos cartagineses; he visto los

brazos de libres ciudadanos atados fuertemente a las espaldas, las puertas de la ciudad de par

en par abiertas, y en cultivo los campos que devastaron nuestros ejércitos.

» ¿Volverá más valeroso a la patria el soldado que se rescate a precio de oro? ¿Queréis añadir

el daño a la ignominia? Ni la lana, una vez teñida de rojo recobra su primitivo color, ni la virtud

que se pierde una vez vuelve a levantar los ánimos envilecidos. Antes la cierva luchará por

romper el lazo donde cayó, que luche bravamente quien se ha entregado a los pérfidos

enemigos, y humil e al cartaginés en nuevas campañas el que por temor de la muerte sufrió

impasible las correas que amorataban sus brazos, y por salvar cobardemente la vida antepuso la

paz a los horrores del combate <mezcló la guerra con la paz>. ¡Oh baldón, oh Cartago

engrandecida sobre las ruinas miserables de Italia!

Es fama que se negó a recibir los ósculos de su púdica esposa y sus tiernos hijos, como si

fuese un vil esclavo, y con torvo ceño clavó en tierra los ojos, hasta que los senadores vacilantes

se resolviesen a seguir el dictamen que sólo era capaz de dar su heroísmo <su consejo nunca

antes dado>, y como egregio desterrado pudiese volver a su cautiverio entre el l anto de sus

amigos.

Y sabía cuan horribles tormentos le preparaban sus verdugos; no obstante, apartó a sus

parientes que le cerraban el paso y al pueblo que le detenía en su marcha, no de otro modo que

si después de haber arreglado los negocios de sus clientes y compuesto sus diferencias, marchase a descansar en las campiñas de Venafro o en la ciudad de Tarento, que fundaron los

lacedemonios.

VI - A LOS ROMANOS

Pagarás, romano, sin merecerlo los delitos de tus antepasados,
como no restaures los templos

y santuarios que se desmoronan, ni alces las estatuas de los
Númenes ennegrecidos por el

humo.

Si eres dueño del mundo, a los dioses debes tu fortuna; tal es el
principio y fin de toda

grandeza. El menosprecio de su culto ha cubierto en mil ocasiones
de luto a la desolada

Hesperia.

Dos veces el caudil o Moneses y el ejército de Pacoro quebrantaron
nuestro arrojo no alentado

por los auspicios, y gozosos adornaron con nuestras joyas sus
pequeños col ares.

Roma, presa de civiles discordias, vióse a punto de sucumbir a los
ataques del dacio y el

etíope: el uno formidable por sus escuadras, el otro más temible por
sus certeras saetas.

Nuestro siglo, fecundo en maldades, corrompió primero el tálamo
nupcial, afrentando las casas

y los linajes; de esta fuente deriva la pestilencia que destruye al
pueblo y a la patria.

La virgen adulta <precoz> se entrega sin freno a las danzas de
Jonia, se instruye en las artes

de la seducción, y desde tierna edad sueña con amores
incestuosos.

Ya casada, solicita a los adúlteros más jóvenes en los banquetes de
su esposo, y no se detiene

a elegir el amante a quien prodigue en las sombras sus ilícitos
favores, sino que en presencia del

marido, tolerante con sus desórdenes, acude a la voz del fautor de
tercerías o del mercader de la

nave española que paga a precio muy alto <más pague por> su
deshonra.

No fueron estos padres los que engendraron la juventud que tiñó los
mares con la sangre

cartaginesa y venció a Pirro, al poderoso Antíoco y al cruel Aníbal,
sino la prole varonil de

rústicos soldados, diestra en remover la tierra con los azadones
sabelios, que, obediente a la voz

de sus severas madres, cargaba con los troncos de leña, cortados
en la selva, cuando el sol

prolongaba las sombras de los montes, hacía desuncir los bueyes
cansados, y fugitivo en su

carro traía las horas plácidas del reposo.

Un siglo pestilente, ¿qué no corrompe? La edad de nuestros padres,
peor que la de nuestros

abuelos, nos dio el ser a nosotros, aún más perversos, que a la vez engendraremos una

progenie más corrompida.

VII - A ASTERIE

Asterie, ¿por qué loras la ausencia de Giges, que el templado Favonio de la primavera te ha de

restituir, siempre constante en su fe

y rico con las ganancias de Bitinia? Empujado por el Noto al Epiro <Órico>, después que se

ocultaron las infaustas Cabrillas, pasa las frías noches sin dormir, y derrama un río de lágrimas.

Un nuncio astuto de su solícita amiga Cloe le dice que suspira por él, que se abrasa por él en

las mismas lamas que tú, y por todos los medios pone a prueba su constancia.

Le refiere cómo una pérfida mujer indujo al crédulo Preto, con sus falsas imputaciones, a quitar

la vida a Belerofonte por demasiado casto.

Le cuenta que Peleo estuvo a pique de descender al Tártaro por esquivar los halagos de

Hipólita de Magnesia, y le recuerda cien historias que convidan al placer.

Todo en vano; firme que firme, desatiende sus voces, más sordo que los escolos de Ícaro; pero

guárdate que tu vecino Enipeo no te cautive más de lo conveniente, y eso que ninguno otro te

iguala en la destreza con que monta a cabal o sobre el césped del campo de Marte, ni atraviesa

a nado con mayor rapidez la corriente del Tíber.

En las primeras horas de la noche cierra tu casa; no te asomes a la calle atraída por el son de

la flauta quejumbrosa, y permanece insensible, aunque te la ame mil veces dura y cruel.

VIII - A MECENAS

Mecenas, doctísimo en las letras griegas y latinas, ¿te sorprende ver a un célibe como yo

solemnizar las calendas de marzo con la naveta llena de incienso, con flores exquisitas y con las

brasas del carbón sobre el fresco césped?

He prometido a Baco un gran festín y sacrificarle un macho cabrío por haberme librado del

golpe de un árbol que cayó sobre mí.

Aquel fausto día que el curso del año renueva hará saltar el corcho, sujeto por la pez, del ánfora

que guardo al humo desde el consulado de Tulo.

Toma, pues, cien veces la copa que te brinda tu salvo amigo; haz que brillen en las antorchas

hasta el amanecer, y envía normalmente los altercados y la cólera.

Desecha las inquietudes políticas que te inspira Roma; <el ejército> del dacio Cotisón ha

sucumbido; los terribles medos se destruyen con sus propias armas;
el cántabro de España,

nuestro irreconciliable enemigo, dobla por fin el cuel o a la cadena, y
el escita, aflojando la

cuerda de su arco, se resuelve a cedernos el campo.

Da al olvido un momento los públicos intereses que tanto afán te
cuestan, déjate de graves

negocios y coge alegre por los cabel os la dicha de la hora presente.

IX - DIÁLOGO ENTRE HORACIO Y LIDIA

HORACIO.— Cuando tú me amabas y ningún rival poderoso oprimía
tu cuel o con sus brazos,

me sentía más feliz que el rey de los persas.

LIDIA.— Cuando no ardías más por otra y Lidia no reinaba en tu
corazón después de Cloe, la

fama de Lidia l egó a ser más ilustre que la de la romana llia.

HORACIO.— Ahora me domina Cloe de Tracia, que a su voz
dulcísima reúne el arte de pulsar ta

cítara, y por el a no temería morir si los hados perdonasen su vida,
que me es tan adorable.

LIDIA.— Calais, el hijo de Órnito de Turio, me abraza en su propia l
ama, por quien sufriría dos

veces la muerte si así lograba que el destino respetase a joven de
mí tan querido

HORACIO.— ¿Y si vuelve el amor que antes nos profesábamos y
sujeta con férreos lazos

nuestros corazones?' ¿Y si doy al olvido a la rubia Cloe y abro mi puerta a Lidia, a quien

rechacé?

LIDIA.— Aunque mi amante es más hermoso que un astro y tú más ligero <leve> que el corcho y

más iracundo que el oleaje del Adriático, seré feliz en tu compañía, y moriré gozosa contigo.

X - A LICIA <LICE>

Si bebieras, Licia <Lice>, en las fuentes del remoto Tanais y estuvieses casada con un escita

cruel, no dejarías de l orar viéndome tendido a tus umbrales, víctima del Aquilón furioso.

¿Oyes el estrépito con que los vientos mueven las puertas y sacuden los árboles del jardín que

hermosea tu mansión? ¿Ves cómo Júpiter con su frío aliento <puro numen> convierte en hielo

las nieves?

Depón el orgullo, poco grato a Venus, temerosa de que se trueque tu fortuna. Tu padre, hijo de

Toscana <tu padre, tirreno>, no engendró en ti una Penélope desdeñosa con todos sus

pretendientes.

Aunque no consigan doblegarte las súplicas ni los regalos, los rostros pálidos como violetas de

tus amadores, ni tu infiel esposo, que se huelga en los brazos de una cortesana de Tesalia, ten

compasión de los infelices que te ruegan, ¡oh tú, más dura que la encina y más peligrosa que las

víboras africanas! No siempre mi cuerpo ha de arrostrar frios y luvias en tus umbrales.

XI - A MERCURIO

Mercurio, que enseñaste al dócil Anfión a mover con sus acentos las peñas, y tú, lira de siete

cuerdas, que brotas raudales de armonía, en otro tiempo silenciosa y poco apreciada, hoy el

encanto de los suntuosos banquetes y las fiestas de los templos, ven y díctame cantos que venzan la obstinación de Lide, que juguetea desatenta a mis súplicas, como salta en libertad por

las extendidas vegas una yegua de tres años que aún desconoce por su juventud los placeres

del amor y teme el contacto del ardiente marido.

Tú puedes amansar los tigres, remover los árboles, detener la corriente impetuosa de los ríos y

acalorar con tus acordes los aulidos del Cerbero, guardián del Averno, <aun>que agita como las

Furias su cabeza erizada por cien serpientes, y despide un aliento inmundo y una ponzoña

mortífera por su boca de tres lenguas.

Al oír tus sentidas canciones, Titio e Ixíon sonrieron a pesar de sus tormentos, y las hijas de

Dánao cesaron por un instante en su inútil faena.

Sepa Lide los crímenes de estas vírgenes, la pena harto conocida que se les impuso,

condenándolas a llenar de agua una urna sin fondo, y la suerte horrenda que aguarda a los

culpables en el infierno. Las crueles, ¿qué más podían hacer? <¿qué cosa peor podían hacer?> ,

se resuelven a asesinar con el duro hierro a sus jóvenes esposos; mas una de ellas, la única

digna de la antorcha nupcial, con un hermoso engaño burla a su perjuro padre, mereciendo los

loores de los siglos, «Levántate, dice a su tierno marido; levántate, no sea que la mujer de quien

menos recelas te sepulte en el eterno sueño; que no te sorprenda un suegro infiel y mis

protervas hermanas, que como leonas encarnizadas con los becerros, ¡ay!, despedazan uno por

uno a sus esposos; yo, más compasiva que ellas, ni clavaré el acero en tus entrañas, ni dejaré de

ayudarte en la fuga.

»Que mi padre me cargue de pesadas cadenas por haber tenido compasión de mi dulce

esposo, que me embarque y relegue a los postreros confines de Numidia.

»Tú corre adonde te eleven los pies y los vientos. Venus y la noche te favorecen; huye con

felices auspicios, acuérdate de mí y esculpe esta hazaña <un lamento> en mi sepulcro.»

XII - A NEÓBULE

Es bien merecedora de compasión la joven que ni puede entregarse
a las delicias del amor ni

adormecer sus pesares con el vino, temiendo siempre las acerbos
reprehensiones de un tío adusto.

El hijo alado de Citerea, ¡oh Neóbule!, deja caer de tus manos el
huso y la rueca, y el arrogante

Hebro de Lípari te quita el gusto por las labores difíciles de Minerva.

Hebro, el que lava sus espaldas de atleta en las ondas del Tíber,
maneja su cabal o mejor que

Belerofonte, y jamás fue vencido es el pugilato ni en la carrera, ya
persiga veloz con sus flechas

a los ciervos del espantado rebaño, ya acometa con valor al jabalí
oculto en la maleza del

bosque.

XIII - A LA FUENTE BANDUSIA

¡Oh fuente Bandusia!, de mayor transparencia que el cristal y digna de las ofrendas de dulce

vino y pintadas flores, mañana te sacrificaré un cabrito, a quien apuntan los cuernos en la túrgida

frente, destinándolo a las luchas y al amor; pero en vano, que este vastago de padres lascivos

ha de teñir pronto con su sangre tus heladas márgenes.

Los rayos insufribles de la ardiente Canícula no se atreven a tocarte, y ofreces tus cristalinos

raudales a los bueyes fatigados de labrar y a las tímidas ovejas.

Tú serás la más noble de las fuentes cuando celebre la encina que arraiga entre las peñas de

donde manan y corren tus linfas murmuradoras.

XIV - SOBRE LA VUELTA DE AUGUSTO, VENCEDOR

¡Oh plebe! César, semejante por sus hazañas al esforzado Hércules, acaba de conquistar

nuevos laureles a precio de sangre, y vuelve a Roma vencedor de los cántabros españoles.

Salga a recibirle, después de hacer sacrificios a los justos dioses, la esposa que cifra en él toda

su felicidad, con la hermana del preclaro caudillo, y las madres de las doncellas y los jóvenes

que regresan salvos de la campaña, acudan con las sienes ornadas por las vendas de las suplicantes. Vosotros, mancebos y mujeres que ya gozáis las caricias de un esposo, no

pronunciéis palabras infaustas

Este día, verdaderamente festivo para mí, ha de librarme de negras inquietudes. Siendo César

el dueño del orbe, no temeré morir en el tumulto de la sedición ni por el hierro de un malvado.

Anda, muchacho, tráeme ungüentos y coronas y el ánfora contemporánea de la guerra de los

marsos, si pudo librarse alguna de las rapiñas y excursiones de Espártaco.

Y di a la cantatriz Neera que se apresure a recoger sus cabel os impregnados de mirra; mas i

un odioso portero te prohíbe la entrada, vuelves sin tardanza.

Mis cabel os, que ya blanquean, reprimen los ímpetus del ánimo, antes tan propenso a

contiendas y riñas escandalosas. En el ardor de mi juventud, cuando era cónsul Planeo, no

hubiera yo sufrido tamaño desdén.

XV - A CLORIS

Consorte del pobre Íbico, pon ya fin a tus desvergonzadas aventuras y torpes amoríos.

Estando por los años tan cercana a tus funerales, deja de mezclarte en los corros de las

vírgenes y de eclipsar con tu sombra las blancas estrellas.

No te sienta bien, Cloris, lo que cuadra perfectamente a tu hija Fóloe. Ésta, por su tierna edad,

puede amar en las casas de los jóvenes, como una Bacante excitada por los sonidos del

tímpano; pues el amor de Noto la obliga a retozar semejante a una cabra lasciva; pero a ti,

vejestorio, te conviene hilar la lana de la noble Luceria, y no las cítaras, ni las rosas purpúreas, ni los festines donde se apuran hasta las heces los toneles de vino.

XVI - A MECENAS

Las torres guarnecidas de bronce, las puertas robustas y los tristes ladridos de los perros

vigilantes, hubieran bastado a defender a la infeliz Dánae de nocturnos adúlteros, si Júpiter y

Venus no se burlaran <se hubieran burlado> de Acrisio, temeroso guardián de la encerrada

virgen. Un dios transformado en oro al ana y facilita todos los caminos.

El oro se abre paso por medio de los centinelas, y con la violencia del rayo quebranta las rocas.

El oro perdió al adivino de Argos con la total ruina de su casa.

A fuerza de dádivas, el rey de Macedonia abrió las puertas de las ciudades y venció a los

príncipes enemigos; hasta los duros capitanes de las naves se rinden ante los dones.

Al aumento de riqueza sigue la inquietud y la sed por aumentarla más todavía. Mecenas, honor

de los cabal eros, siempre aborrecí, y con razón, levantar tan alta la cabeza que fuese

demasiado visible.

Cuanto más se niega uno a sí mismo, tanto más le conceden los dioses. Como tráfuga del

partido de los ricos, me apresuro a abandonarlos, y casi desnudo me paso al campo de los que

nada desean, y vivo tan satisfecho con mi corta hacienda como si <amo más dichoso de un bien

despreciado que si> ocultase en mis graneros la cosecha que recoge el labrador de Apulia,

pobre en medio de la mayor abundancia.

Un arroyo de cristalinas aguas, un bosque de pocas yugadas de tierra y una siega que

responda a mis esperanzas, me hacen más dichoso que si dominara en la fértil África <quien la

fértil África rija no comprende que esto a la suya aventaja>; y aunque las abejas de Calabria no

fabrican sus mieles para mí, ni envejece el vino que consumo en el ánfora de Formia, ni se

cardan para vestirme pingües vellones en los prados de la Galia, me veo libre de la importuna

pobreza, y sí deseara tener más, tú no me lo negarías. La poca ambición multiplica mis rentas

limitadas, mejor que si extendiese mi dominio sobre el reino de Aliates y los campos de Frigia

<migdonios>. Los que mucho ambicionan carecen de muchas cosas. ¡Feliz el hombre a quien

los dioses conceden con parca mano lo estrictamente necesario!

XVII - A ELIO LAMIA

Elio, cuya nobleza procede del antiguo Lamo (pues éste dio su nombre a los primeros Lamias y

a todos sus descendientes, según lo certifican los fastos, digno heredero de aquel caudillo que

reinó sobre las muralas de Formia y extendió su señorío sobre el Liris, que baña las tierras de

Marica), mañana una violenta tempestad, desencadenada por el Euro, cubrirá el bosque de

hojas y la playa de algas inútiles, si no engaña el canto de la corneja que predice la lluvia.

Ahora que puedes, recoge la leña seca en el hogar y ofrece mañana al Genio sendas tazas de

vino y un cochinito de dos meses, en compañía de tus siervos libres de sus faenas.

XVIII - A FAUNO

Fauno, perseguidor de las fugitivas Ninfas, pisa benigno mis cercados y tierras de labor, y antes

de alejarte, mira propicio las crías de mis ganados, si es verdad que en tu honor se sacrifica el

tierno cabrito al caer el año, que corre en abundancia el vino de la crátera amiga de Venus, y que

tu ara vetusta humea con las nubes del incienso.

Todo el rebaño salta de contento en los viciosos <herbosos> pastos, cuando nos traen tu fiesta

las nonas de diciembre y el pueblo con los bueyes ociosos se entrega al regocijo en los prados.

El lobo anda entre los corderos libres de temor, la selva alfombra el suelo de verdes hojas y el

cavador goza golpeando con los pasos de la danza la tierra que tanto aborrece.

XIX - A TÉLEFO

Nos cuentas el tiempo transcurrido desde Ínaco al rey Codro, que no temió morir por la patria,

quiénes fueron los descendientes de Éaco y las batal as reñidas frente a los muros sagrados de

Ilión; pero nada nos dices del precio a que se vende el ánfora de Quíos, de quién calentará el

agua de nuestro baño <quién templará el agua para los fuegos [¿del vino?]>, ni qué huésped ni a qué hora nos recibirá en su casa para defendernos de las heladas ráfagas del monte Peligno.

Ea, muchacho, escancia aprisa y sin temor el jarro, y l ena las copas ¿tres o nueve veces?;

quiero brindar por la luna nueva, por la media noche y por el augur Murena.

El vate, enamorado de las nueve Musas <impares>, brinda <atónito> en su loor otras tantas copas;

las Gracias, en su inocente desnudez, temerosas de las reyertas, prohíben que se apuren más

de tres.

Es muy grato en ocasiones delirar, ¿por qué cesa la música de las flautas frigias y pende la

zampoña junto a la cal ada lira?

Aborrezco las manos ociosas. Esparce flores, <rosas> muchacho; que el envidioso Lico y la

vecina demasiado joven para esposa de este viejo caduco oigan nuestros clamores.

La tierna Cloe <Rode> te l ama, ¡oh Télefo!, seducida por tu hermosa cabel era y tus ojos que

bril an como el lucero de la tarde; a mí me consume a fuego lento el amor de Glícera.

XX - A PIRRO

¿No ves, Pirro, con cuánto peligro de tu vida intentas quitar sus cachorros a esa leona de

Getulia? Raptor cobarde, huirás bien pronto del campo de batalla, cuando la veas correr por

entre las turbas de jóvenes en busca del arrogante Nearco. Grave contienda decidirá si ha de ser

tuya o suya la apetecida presa; y mientras tú eches mano a las rápidas saetas y él a aguce sus

finos dientes, <dicen que> el juez del campo, pisando la palma con sus desnudos pies, <y> dejará que las auras acaricien sus cabellos perfumados, que le caen en bucles sobre la espalda,

tal como Nireo o el bello Ganimedes arrebatado de los montes luviosos del Ida.

XXI - A SU ÁNFORA

¡Oh ánfora!, como yo nacida en tiempo del cónsul Manlio; ora nos reserves el llanto o la alegría, las contiendas o los desatinados amores, ora nos facilites piadosa el grato sueño, y sea

cualquiera el motivo <fin> por que guardas en tu seno el exquisito Músico, ven y colma nuestras copas de tu añejo licor, pues mereces en tan fausto día ser nuestra compañera, y Corvino te lo

manda.

Corvino, que entusiasta propagador de las doctrinas de Sócrates, no es, sin embargo, tan rígido

que se atreva a aborrecerte, y aun se dice que la virtud severa del
viejo Catón a veces se

acaloraba con el vino.

Tú dulcificas los caracteres violentos, y con tu alegre humor
descubres las cuitas de los sabios

y sus ocultos designios <con el jocosos Licio>; vuelves la esperanza a
los que viven en la

ansiedad, y das fuerza y aliento <cuernos> a los pobres, que
después de unos tragos ni se

espantan del rostro amenazador de un tirano, ni de las armas de sus
soldados.

Si el risueño Baco, la hermosa Venus y las Gracias, que no aciertan
a vivir separadas, asisten a

nuestro festín, la luz de las antorchas iluminará sus goces hasta que
vuelva Febo y ahuyente las

tinieblas de la noche.

XXII - A DIANA

Diosa triforme, virgen de las selvas y guardiana de los montes, que invocada tres veces oyes

los gritos de las esposas en el dolor del alumbramiento y las salvas de la muerte, yo te consagro

el pino que sombrea mi villa campestre, y todos los años lo regaré <alegre> con la sangre de un verraco dispuesto a acometer torciendo la cabeza.

XXIII - A FÍDILE

Sencil a Fídile, si en la luna creciente elevas al cielo las manos suplicantes y ofreces a tus

Lares el incienso, los granos recién cogidos y el sacrificio de una ávida puerca, ni la fecunda vid

padecerá el rigor del Ábrego pestilente, ni tus mieses el anublo que las hace estériles, ni las

tiernas crías de tus ganados la influencia maligna del otoño rebosante de frutos.

Tiña la segur de los pontífices con su sangre la víctima que entre carrascas y encinas paze en

las faldas del Álgido, cubierto de nieve, o crece con las hierbas de los prados de Alba. Tú no

debes tentar el favor de tus pequeños dioses con el sacrificio de numerosas ovejas al coronarlos

de romero marino y resplandeciente mirto, pues si tus manos tocan el ara, límpías de toda

mancha, mejor que con suntuosas ofrendas ablandarás a los irritados Penates con la torta de

cebada y sal que chispea en el fuego.

XXIV - CONTRA LOS AVAROS

Aunque sobrepujes en tu opulencia los tesoros no explotados de los árabes o las riquezas de

los indios, y ocupen tus edificaciones el mar Tirreno y de Apulia, si la cruel necesidad fija sus

clavos de diamante en los techos artesonados de tu mansión, ni tu alma se librárá del miedo ni

de los lazos de la muerte tu cabeza.

Mejor viven los labriegos escitas, que trasladan en carros adondequier sus mudables casas, y

los fieros getas, que en campos sin límites recogen mieses comunes con toda especie de frutos;

no prolongan el cultivo más de un año, y así que terminan su labor, otros los reemplazan, que a

su vez son sustituidos al año siguiente.

Al í la segunda esposa mima con gran cariño a los hijos huérfanos de madre, y no hay mujer

que, orgullosa de su dote, gobierne al marido o se entregue a la seducción del adúltero. La virtud

de los padres es prenda tan estimada como la castidad, temerosa de romper las alianzas

legítimas en brazos de otro varón; la infidelidad es un crimen y su castigo la muerte.

¡Ah! Quien quiera poner fin a las impías matanzas, a las discordias intestinas y que se grabe al

pie de sus estatuas el título de padre de la patria, atrévase a refrenar la escandalosa licencia de

nuestros días, y su nombre será famoso entre los venideros; ya que nosotros, ¡oh baldón!,

aborrecemos a los patricios integérrimos mientras viven, y sólo ensalzamos sus virtudes cuando desaparecen de nuestros ojos.

¿A qué vienen las tristes lamentaciones si el suplicio no desarraiga los crímenes? ¿Qué

provechan las vanas leyes sin las costumbres, cuando ni aquel a parte del mundo que abrasa

un calor sofocante, ni las frías regiones tapizadas de nieve, que el Bóreas convierte en duro

hielo, asustan al mercader? La audacia del navegante triunfa de las tormentas alborotadas, y la

pobreza, que es considerada el mayor oprobio, ordena emprender todas las empresas de lucro,

sufrir todas las adversidades y abandonar los senderos escabrosos de la virtud.

Arrojemos al fondo del mar próximo o llevemos al Capitolio, adonde nos aman los gritos de las

turbas que favorecen nuestros intentos, las alhajas, las piedras preciosas y el oro inútil, fuente de infinitos males. Si realmente nos avergonzamos de nuestra maldad, arranquemos de raíz los

gérmenes de las viles pasiones y templemos en ásperos trabajos los ánimos harto delicados. El

joven de hoy, incapaz de sostenerse a caballo, aborrece el ejercicio de la caza, y es más diestro

en manejar el disco de los griegos o los dados prohibidos por las leyes.

La mala fe del padre engaña al amigo, al consocio y al huésped, y reúne con rapidez los

caudales que ha de legar a un indigno heredero. Así crecen cada día las riquezas mal ganadas;

sin embargo, no se qué les falta siempre que nunca el avaro se harta de aumentarlas.

XXV - A BACO

¿Adónde, Baco, me arrebatas pleno de tu espíritu divino? ¿A qué bosques, a qué grutas me

transporta de repente el entusiasmo que me inspiras? ¿Qué antros me oirán ensalzar la gloria

del invencible César <Augusto>, elevándolo hasta las estrellas, y el concilio de Jove?

Sus triunfos memorables y recientes serán por mí cantados y celebrados en estrofas jamás

oídas <Diré algo insigne, reciente, no dicho por otra boca>, <como> con el asombro de la

Bacante <Evíade> que, al despertar, contempla maravillada desde la cumbre del Hebro cristalino

la Tracia cubierta de nieve y el monte Ródope holado por un pie bárbaro, ¡Oh, cuál me

encantan las rocas y las vegas solitarias desviándome del camino! <así yo contemplo lejos de

las rutas los ríos y el solitario bosque>. ¡Oh tú, Numen <rey> de las Náyades y Bacantes, cuyas manos son capaces de arrancar los corpulentos fresnos, nada cantaré que sea bajo, nada

insignificante, nada mortal! Es muy grato, ¡oh Baco! <Dulce peligro es, oh Leneo>, el seguir a un dios que ciñe su frente con verdes pámpanos.

XXVI - A VENUS

Yo viví en otros días favorecido por las doncellas, y milité, no sin gloria, en las lides del amor,

mas hoy, en esta pared que mira al siniestro costado de la marina Venus, quedarán suspendidas

mis armas y mi laúd cansado de la guerra. Vosotros depositad aquí también las antorchas

encendidas, las palancas y los arcos que amenazaban las puertas cerradas a nuestros deseos.

¡Oh diosa que reinas en la venturosa Chipre y en Menfis, que jamás ha visto las nieves de

Tracia, humil a una vez siquiera con tu sublime látigo la arrogancia despreciativa de Cloe!

XXVII - A GALATEA

Que el graznar del ave siniestra, los ladridos de la perra próxima a dar a luz, la zorra con sus

hijuelos y la loba que merodea por los campos de Lanuvio, persigan en su ruta a los malvados; y

la culebra los desvíe del camino derecho, lanzándose veloz como una saeta contra sus

asustadizos cabal os.

Yo, augur favorable para quien amo <temo>, rogaré que vuele desde la parte de Oriente el

cuervo de feliz agüero antes que vuelva a sus estancadas lagunas el ave que adivina las l uvias

inminentes.

Sé tan feliz cual deseas, y adondequiera que vayas acuérdate de mí, Galatea. Ojalá no impidan

tu viaje el siniestro pico verde ni la vagabunda corneja.

¿Pero no ves qué tumultuosas borrascas levanta la caída de Oríon? Ya conozco las sombrías tempestades del Adriático y la perfidia engañosa del Yápige.

Sientan las esposas y los hijos de nuestros enemigos la rabia ciega del Austro amenazador y el

bramido de las negras olas que estremecen las riberas.

Luego que la crédula Europa confió su cuerpo de nieve a las espaldas del fingido toro, palideció

con espanto, a pesar de su audacia, viéndose rodeada de monstruos y expuesta a las insidias

del mar.

Poco antes cogía flores en los prados para tejer coronas a las Ninfas; ahora, a la débil claridad

de la noche, sólo distingue los astros en el cielo y el abismo a sus pies.

En el momento de arribar a Creta, poderosa por sus cien ciudades, exclamó: «¡Oh padre, oh

dulce nombre de hija por mi abandonado, oh piedad vencida por la locura!

» ¿De dónde vengo? ¿Adónde he llegado? Una sola muerte es castigo harto leve de mis culpas.

¿Yo he podido cometer tan torpe maldad, o soy inocente y me engaña vana ilusión, hija de los

falsos sueños que se deslizan por la puerta de marfil? ¿Cómo preferí la travesía de mares

peligrosos a la ocupación de coger flores recientes?

Si alguien me pusiera delante el infame toro, le hundiría colérica el hierro en el costado, o

rompería los cuernos del monstruo que me sedujo.

Sin pudor abandoné la casa de mis padres, sin pudor temo descender al Averno. ¡Oh dioses, si

alguno de vosotros oye mis lamentos, permitid que vague con el cuerpo desnudo entre fieros

leones, y que mi hermosura sirva de alimento a los tigres antes que las secas arrugas ajen mis

sonrosadas mejillas, y pierda mi cuerpo el vigor y la frescura juvenil!

El padre ausente me increpa así con dureza: «Vil Europa, ¿a qué retardas tu muerte? Por

fortuna no has perdido el ceñidor con que puedes suspenderte del olmo cercano, o si prefieres

estrelarte en las duras rocas y en medio de los escollos, arrójate al mar proceloso, y así evitarás, retoño de sangre real, el ultraje de hilar como sierva la lana, y obedecer a una rival extranjera.»

Oyó estas quejas Venus sonriendo malignamente, y Cupido con la aljaba depuesta; y después

de burlarse cuanto quiso de sus penas, exclamó: «No te dejes arrebatado por la cólera y el furor

cuando ese toro aborrecido humilde ante ti sus cuernos que pretendes destrozar.

»Sin saberlo eres la esposa del invicto Jove; basta de sollozos, y aprende a enorgullecerte de

tu singular fortuna; una gran parte del mundo llevará tu nombre.»

XXVIII - A LIDE

¿Qué haré yo ante todo en el día consagrado a Neptuno? Pronto,
Lide, saca el oculto Cécubo,

y haz una suave violencia a tu morigeración bien conocida.

¿Ves que el sol declina hacia su ocaso, y como si el curso del día
volador se detuviera, retrasas

el momento de sacar de la bodega el ánfora, que permanece ociosa
desde los tiempos del

cónsul Bíbulo?

Cantaremos alternativamente a Neptuno y las Nereidas de verdosos
cabelos.

Tú celebrarás en la corva lira a Latona y las flechas de la cazadora
Diana, y nuestros últimos

cantos serán para la diosa que reverencia Gnido en las brillantes
Cícladas, y visita a Pafos en su

carro conducido por los cisnes.

También dedicaremos a la Noche tristes elegías.

XXIX - A MECENAS

Mecenas, descendiente de los reyes de Etruria, guardo para ti un vino delicioso en el ánfora no

empezada, rosas bien olientes y esencias ricas <mirobálano> que perfumen tus cabel os. No

retrases tu venida ni estés contemplando siempre el húmedo Tíbur, los pendientes campos de

Éfula y los montes del parricida Telégono.

Huye del hastío de la opulencia, las torres de los alcázares vecinas a las nubes, y <deja de

admirar> el humo, el estrépito y el fausto de la venturosa Roma.

La variedad seduce mucho a los ricos; a veces una cena limpia y frugal, bajo el techo del pobre

que no adornan la púrpura ni los tapices, consigue desarrugar el ceño de sus frentes.

Ya el padre esclarecido de Andrómeda <Cefeo> deja vislumbrar sus ocultas estrellas, ya Proción y el León furioso lanzan sus rayos, y el sol nos trae los días más sofocantes.

Ya el pastor fatigado, con su rebaño que languidece, busca las sombras y las márgenes de los

arroyos, los espesos jarales de Silvano y la ribera silenciosa no refrescada por el soplo del

viento.

Tu meditas sobre la norma de gobierno más útil a la ciudad, y solícito por su grandeza, intentas

penetrar los designios de los seros y bactrianos que dominó Ciro, o de los habitantes del Tanais,

que se destrozan en continuas guerras.

Un dios sapientísimo envuelve en noche caliginosa los sucesos que están por venir, y se burla

del mortal que pretende descifrar sus arcanos. Piensa en ordenar lo presente, pues lo futuro es

como un río, que ora aprisionado en su cauce corre mansamente hacia el mar Etrusco, ora

arrastra las peñas carcomidas, los árboles que descuaja, las casas y los ganados, y con su

estruendo alborota las vecinas selvas y las montañas, cuando acrecido por incesantes luvias se

desborda en espantosa inundación. Sólo vive feliz y dueño de sí aquel que puede decir cada día:

«He vivido». Mañana, ya cubra Júpiter el cielo de negros nubarrones, ya brile el sol

resplandeciente, no conseguirá que lo pasado no haya pasado, ni borrar ni destruir lo que trajo

una vez el curso fugitivo de las horas.

La fortuna se regocija en sus crueles caprichos, y al dispensar sus inciertos favores, nos burla a

menudo con sus juegos insolentes; hoy benigna conmigo, mañana piadosa con otro.

Si permanece a mi lado, se lo agradezco; si agita sus rápidas alas,
le devuelvo sus dones, me

cubro con el manto de mi virtud y me desposo sin dote con mi
 honrada pobreza.

No es propio de mí, cuando el mástil del navío cruje combatido por
 los vientos de África, recurrir

a míseras preces y atraerme con votos a los dioses para que las
 ricas mercancías de Tiro y

Chipre no aplaquen la avaricia del Ponto. Prefiero viajar en humilde
 barco de dos órdenes de

remos, y que la brisa y los gemelos Castor y Pólux me conduzcan
 seguro a la playa a través de

las olas tumultuosas.

XXX - SE PROMETE UNA GLORIA INMORTAL

He acabado un monumento más duradero que el bronce y más alto
 que las regias tumbas de

las pirámides, que no podran destruir las lluvias persistentes, el frío
 Aquilón ni la marcha de los

tiempos con la serie

innumerable de los años.

No moriré del todo. La mejor parte de mi ser se libraré de Libitina, y
 mi gloria crecerá de día en

día con las alabanzas de la posteridad, mientras el pontífice suba al
 Capitolio acompañado de la

vestal silenciosa.

Desde las márgenes que bate con estruendo el Áufido a los
sedientos campos, donde Danao,

venciendo su humilde fortuna, reinó sobre pueblos agrestes, se dirá
que yo <siendo humilde> fui el primero que ajustó a la lira latina los
cantos eolios. ¡Oh Melpómene!, I éñate del orgul o que

infunden tus méritos y ven a ceñir mi frente con el laurel de Apolo.

LIBRO IV

I - A VENUS <A LIGURINO>

¿Osas, Venus, declarar nuevamente la guerra a quien vivió tantos años libre de sus peligros?

Perdóname, perdóname, te lo ruego una y mil veces. No soy el que solía bajo el imperio de la

hermosa Cínara. Madre cruel de los dulces amores, no intentes someter a tu blando yugo mi

corazón rebelde por los diez lustros que va a cumplir. Corre adonde te l aman las fervientes

súplicas de la juventud.

Si quieres abrasar un alma digna de ti, vuela sobre las alas de tus brillantes cisnes a la mansión

de Paulo Máximo, joven, noble, discreto y solícito defensor de los afligidos reos, que con sus

grandes dotes l evará muy lejos tus pendones victoriosos.

Y cuando se ría triunfante de los regalos espléndidos de su rival, te levantará, próxima a los

lagos de Alba, una estatua de mármol bajo un templo de cidro.

Al í recrearán tus sentidos las nubes del incienso, y te deleitarán las canciones acompañadas

por la lira y las flautas de Pan y Cibeles.

Al í los jóvenes y las tiernas doncel as ensalzarán tu numen dos veces al día, y, a la manera de

los Salios, golpearán tres veces la tierra con sus blancos pies.

En cuanto a mí, ya no me conmueven los hechizos de una hermosa,
ni las gracias de un efebo,

ni la crédula esperanza de un amor recíproco, ni empuñar la copa
en la mano, ni ceñir mis sienes

con flores olorosas.

Mas, ¡ay!, ¿por qué, Ligurino, por qué una furtiva lágrima resbala por
mis mejillas? ¿Por qué en

mi lengua, otros días tan elocuente, se hielan las palabras,
sumiéndome en triste silencio? En el

delirio de mis sueños te sujeto con mis brazos; cuando huyes,
<muchacho> cruel, te persigo por

el césped del campo de Marte, y a través de las ondas inquietas del
río.

II - A JULO ANTONIO

El que pretende, Julo, rivalizar con Píndaro, se confía en las céreas alas que Dédalo inventó,

para dar su nombre a las cristalinas olas.

Como río que se despeña del monte y engrosado por las lluvias extiende sus riberas, el gran

Píndaro hierve y se precipita con raudal profundo; siempre digno del laurel de Apolo, ya siembre

de voces nuevas sus audaces ditirambos en estrofas libres de toda ley, ya ensalce a los dioses o

a los reyes, progenie divina, por cuyo valor fueron derribados los Centauros con justa muerte y

apagadas las llamas de la espantosa Quimera.

Ya cante al atleta o al cabal o vencedor, a quienes la palma de Elea equipara a los inmortales,

glorificándolos más que cien estatuas; ya lllore la suerte del joven arrebatado a la doliente

esposa, y eleve a los cielos la fuerza, el valor y las puras costumbres que las sombras del Orco

son impotentes a oscurecer.

El cisne Dirceo en su pujante vuelo, ¡oh Antonio!, consigue remontarse por encima de las

nubes; yo, al modo de la abeja de Matina, que liba con afán solícito el oloroso tomillo, forjo

humilde y laboriosamente mis canciones cerca del bosque o los húmedos arroyos de Tíbur.

Tú cantarás con briosa inspiración las glorias de César <Augusto> cuando ceñido de laureles

conduzca los feroces sigambros por la cuesta sagrada del Capitolio; nunca los destinos ni los

benévolos dioses han concedido a la tierra príncipe tan excelso y tan justo, ni podrían dárnoslo,

aunque tornásemos a la edad de oro.

Después cantarás los días venturosos y el júbilo inmenso de la ciudad, con el foro cerrado a los

procesos por la vuelta tan deseada del invencible Augusto.

Entonces, si mi voz merece ser oída, se unirá con gusto a tus acentos, exclamando: «¡Oh día

hermoso, día inolvidable que nos devuelves a César!» y durante su marcha solemne los

ciudadanos alborozados prorrumpirán conmigo «¡Triunfo, triunfo!», y levaremos nubes de

incienso a los benignos dioses.

Tú inmolarás diez toros y otras tantas vacas, yo me desligaré de mis votos sacrificándole un

tierno novil o, que ya separado de su madre crece en los viciosos pastos; su frente imita los

cuernos encendidos de la luna al tercer día de su nacimiento, y muestra una mancha blanca

como la nieve; el resto de su cuerpo es de color rojo.

III - A MELPÓMENE

El mortal a quien miras con propicios ojos desde el día que vino al mundo, ¡oh Melpómene!, no

brilará con el premio del pugilato en los juegos ístmicos, ni lanzará vencedor sus bridones

impetuosos en el carro de Acaya, ni la fortuna de la guerra lo elevará al Capitolio, ceñida la

cabeza con el laurel de Delos por haber humillado la fiera arrogancia de los reyes; pero las

espesas ramas de los árboles y los arroyos que fertilizan los campos de Tíbur harán famoso se

nombre en la poesía eólica.

Roma, la señora de las ciudades, se digna colocarme al frente de los coros amables de sus

poetas, y apenas osa mordirme ya el diente de la envidia. ¡Oh Musa <Piéride> que templas las

cuerdas de mi cítara de oro, tú que podrías si quisieras dar a los mudos peces el canto de los

cisnes, tú eres la fuente de todas mis dichas!

Si merezco ser señalado con el dedo como el príncipe de la lírica romana, si vivo feliz y consigo

agradar a las gentes, a ti lo debo sólo.

IV - CELEBRA LA VICTORIA DE DRUSO NERÓN

Como al águila portadora del rayo a quien Júpiter, rey de los dioses, concedió el imperio sobre

las demás aves por haber experimentado su fidelidad en el rapto del rubio Ganimedes, en otro

tiempo los bríos juveniles, el aliento de sus padres y la inexperiencia de los trabajos la hicieron

abandonar el nido, y los vientos primaverales impulsaron en un cielo sin nubes sus primeros y

vacilantes esfuerzos; después, con ímpetu violento, se arroja como enemiga contra los apriscos,

y por último el afán ardoroso de presas y combates la precipita contra las irritadas serpientes;

como la cabra que trisca en los alegres pastos contempla el cachorro <el león> que la roja leona acaba de criar, quitándole la leche, y con terror se ve ya devorada por sus finos y agudos dientes

<dientes nuevos>, así vieron los vindélicos al gran Druso mover la guerra en los Alpes de Retia.

No pretendo averiguar de dónde tomaron estos pueblos la costumbre de armar sus diestras con

el hacha de las Amazonas, que no es lícito [al mortal] saberlo todo; pero las falanges vencedoras

en cien combates, vencidas a su vez por el joven caudillo, probaron a su costa lo que puede una

gran fortaleza, una índole excelente adoctrinada por sabios consejos, y la solicitud paternal de

Augusto en pro de los jóvenes Nerones.

Los fuertes son hijos de los tuerres y animosos. Los toros y cabal os
revelan el esfuerzo de sus

progenitores, y nunca el águila feroz ha engendrado a la tímida
paloma.

<Mas> la enseñanza perfecciona el buen natural, y el ejercicio de la
virtud fortalece los bríos.

Donde no reinan puras costumbres, los vicios deslucen las dotes
más sobresalientes.

Cuánto debes, ¡oh Roma!, a los Nerones, bien lo atestiguan el río
Metauro y la derrota de

Asdrúbal, y aquel hermoso día en que, disipadas las tinieblas del
Lacio, nos sonrió por vez

primera la fausta victoria sobre el fiero cartaginés que asolaba las
ciudades de Italia, como la tea

inflamada, como el Euro encrespa las olas de Sicilia.

Tras este día la juventud romana se ennoblecó con empresas
memorables, y en los templos

devastados por la irrupción africana pudo darse culto a los dioses.

Entonces exclamaba el pérfido Aníbal: «Como ciervos destinados a
ser presa de rapaces lobos

perseguimos sin tregua a un enemigo, de quien el mayor triunfo que
logremos reportar es huirle,

engañándole con estratagemas.

Esa gente valerosa que, después del incendio de Troya, vióse
arrojada a las playas etruscas y

Levó a las ciudades de Ausonia sus Lares, sus hijos y sus ancianos
padres, es como la encina

del monte Álgido, cuyo espeso ramaje corta el hacha reluciente, que
de las mismas heridas y

golpes del hierro cobra fuerzas y lozanía nueva.

El cuerpo destrozado de la Hidra no creció más potente contra
Hércules, temeroso de su

derrota, ni la ciudad de Colcos o Tebas la de Equión sometieron
monstruos mayores.

Si la hundes en el abismo, surge más altiva; si se arroja a las batal
as, conquista timbres

merecedores de eterna alabanza, y reporta victorias que cuenta
satisfecha a sus mujeres.

¡Ah!, ya no enviaré nuncios orgullosos a Cartago; se desvaneció
para siempre nuestra

esperanza y la fortuna de nuestro nombre con la muerte de
Asdrúbal.

Nada es imposible a los Claudios. Júpiter benigno los defiende, y
sus previsiones sagaces los

sacan triunfantes en los difíciles empeños de la guerra.

V - A AUGUSTO

Defensor nobilísimo del linaje de Rómulo, que los dioses favorables nos concedieron, bastante

hemos padecido tu ausencia, y pues prometiste un pronto regreso al santo concilio de los

senadores, cúmplenos tu promesa.

<De>vuelve, príncipe benigno, la luz a tu patria. Igual a la primavera, donde tu semblante

sonríe, resbala el día para el pueblo más feliz, y el sol brilla con más intensos fulgores.

Como la madre del joven marino, a quien el Noto, con su hálito envidioso, detiene en la opuesta

ribera del Cárpalo por espacio mayor de un año, sin permitirle volver a su cara mansión, lo llama

con sus votos, sus ruegos y sus presagios, y no aparta un momento los ojos del corvo litoral, así

la patria en su fidelidad ardiente demanda la vuelta de César.

Por él la vaca paca segura en el prado, Ceres y la copiosa Fecundidad reinan en la tierra,

vuelan sin temor las naves por el piélago tranquilo, y la buena fe teme hasta las sospechas.

La castidad de las familias no se mancha con torpes estupro, la ley y las costumbres refrenan

ni escándalo, la honestidad de las madres se pinta en el rostro de los hijos, semejantes a sus

esposos, y el castigo sigue inmediato a la culpa.

¿Quién temerá al partho o al guerrero de la helada Escitia?; ¿quién a la juventud que cría la

hórrida Gemanía?; ¿quién se preocupará de la guerra de los feroces iberos mientras aliente

César? El labrador pasa el día en sus colinas, enlazando los sarmientos <viudos> al tronco de

los árboles; de allí torna contento, empuña la copa, y como a un dios, te invita a sus frugales

festines <te recibe en las segundas mesas>.

Te dirige ardientes preces y hace en tu honor repetidas libaciones, mezclando tu nombre con

los de sus Lares, como Grecia mezclaba los de Cástor y el gran Hércules.

«¡Oh príncipe excelso, ojalá des a Italia muchos venturosos días!» Así exclamamos en ayunas

al amanecer el sol, y así repetimos después de beber, cuando se pone por la parte del Océano.

VI - HIMNO A APOLO Y DIANA

¡Oh Dios que hiciste sentir tu venganza a los hijos de la arrogante Níobe, al raptor Titio y al

tésalo Aquiles, ya casi vencedor de la esforzada Troya; caudil o que aventajaba a todos, y sólo

se reconocía inferior a ti, aunque hijo valeroso de la marina Tetis que hizo temblar las torres de

Pérgamo con su tremenda lanza.

Como el pino que derriban los golpes del hacha, o el ciprés arrancado por la violencia del Euro,

cayó por fin a lo largo en el suelo, y tuvo que morder el polvo troyano.

Pero jamás oculto en el vientre del engañoso cabal o que se ofrecía a Minerva, hubiera

sorprendido a los troyanos en sus fiestas intempestivas, ni el alegre palacio de Príamo en medio

de las músicas y las danzas, sino a la luz del día, implacable con los cautivos, hubiese, ¡qué

horror!, abrasado en las lamas de los aqueos a los niños que acababan de nacer y a los que

alentasen en el seno materno, si el padre de los dioses, vencido por tus ruegos y los de la

hermosa Venus, no acordase a los destinos de Eneas levantar otros muros con más faustos

auspicios.

Tú, Febo, que enseñas a pulsar la cítara de Talía a los griegos y lavas tu cabel era en las ondas

del Janto, tú, que proteges nuestras ciudades, defiende el honor de las Musas latinas, <leve

Agieo>.

Tú eres quien me alienta, tú me concedes el arte seductor de los versos y el renombre de

poeta. ¡Oh las primeras de nuestras vírgenes!; ¡oh mancebos nacidos de insignes progenitores!,

hermoso cortejo de la diosa de Delos; que con las flechas de su arco detiene la carrera de los

veloces linceos y los ciervos, observad las leyes del metro sáfico, obedientes a las señales que os

hago con el dedo.

Elevad vuestros himnos al hijo de Latona y a la diosa de la noche, cuya faz creciente fertiliza los

sembrados y en su rápido curso nos vuelve los meses fugitivos.

Cuando seas casada excluirás: «Yo entoné canciones gratas a los dioses, dócil a las órdenes

del poeta Horacio, en los días festivos del siglo que espiraba.»

VII - A MANLIO TORCUATO

Las nieves pasaron; vuelven a reverdecer los campos y las ramas de los árboles; la tierra muda

de aspecto, y las corrientes menos caudalosas de los ríos dejan de combatir sus riberas. Una de

las Gracias, desnuda, y en compañía de las Ninfas y sus gemelas hermanas, se atreve a dirigir

las danzas; el año y hasta la hora que arrebató el día presente nos aconsejan no esperar nada

duradero.

Los Céfiros templan el rigor del invierno; la primavera cede a los rayos del estío, que ha de

fenecer cuando el otoño, coronado de frutos, esparza sus ricos dones; después tornan otra vez

los días brumosos de diciembre. El curso acelerado de los meses repara los daños de las

estaciones <rápidas reparan las lunas sus menguas celestes>; pero nosotros, si caemos en el

lugar que habitan el piadoso Eneas, Anco o Tulo Hostilio, quedamos convertidos en polvo y

sombra. ¿Quién sabe si los dioses celestiales nos añadirán al día de hoy el de mañana? Sólo

escapará a las ávidas manos de tu heredero lo que generoso hayas dado a tus amigos.

Así que dejes de ser, Torcuato, y Minos haya pronunciado su última palabra, ni la piedad, ni la

elocuencia, ni el ilustre linaje te restituirá a la vida.

Diana no logra libertar de las tinieblas eternas al pudoroso Hipólito, ni Teseo romper las

cadenas que sujetan a su caro Pirítoo en el infierno.

VIII - A MARCIO CENSORINO

Con el mayor gusto, Censorino, regalaría a mis amigos copas y bronces artísticos, y aun los

trípodes que se daban en premio a los griegos vencedores, y no serías tú quien recibiese los

presentes de menos valor si yo fuera rico en las obras de arte producidas por Parrasio y

Escopas, hábiles en modelar la figura, ya de un hombre, ya de un dios, éste en el marmol, aquél

[en el lienzo] con bril antísimos colores.

Mas ni poseo tales riquezas, ni tu fortuna y tu ambición echan de menos estas joyas valiosas.

Te regocijas con los versos, y podemos darte versos y ensalzar el precio que los avalora <y decir

el precio del regalo>.

Los mármoles esculpidos con sus correspondientes inscripciones, que devuelven alma y vida a

los heroicos caudillos que sucumbieron; la fuga precipitada de Aníbal con sus pavorosas

amenazas, y el incendio de la impía Cartago, no realzan con tan magníficos loores, como las

Musas de Calabria, la gloria del que supo inmortalizar su nombre en los campos africanos.

Si los escritos calan no lograrás el premio de tus hazañas. ¿Qué sería de Romulo, vástago de

Ilia y Marte, si el silencio envidioso hubiera calado sus empresas?

Éaco, arrebatado a las ondas de Estigia <Estige>, goza la inmortalidad en las islas Afortunadas, gracias al poder, el favor y los versos de los grandes poetas.

Las Musas impiden la muerte del varón digno de la gloria, abriéndole los cielos. Así el esforzado

Hércules se sienta en los banquetes tan deseados de Júpiter, el astro brillante ante de los hijos de

Tíndaro logra salvar de los profundos abismos las quebrantadas naves, y Baco, con las sienes

ceñidas de verdes pámpanos, favorece que se cumplan nuestros votos.

IX - A LOLIO

No temas que perezcan un día las canciones que yo, nacido en las riberas del Áufido

estruendoso, compuse con arte enteramente nuevo para acompañarlas a los acordes de la lira.

Si Homero el Meonio ocupa el primer asiento, no dejan de brillar las Musas de Pindaro y

Simónides de Cos, las estrofas amenazadoras de Alceo y las graves de Estesícoro.

La edad no ha conseguido borrar de la memoria los deliciosos juegos de Anacreonte, y aun

respiran amor y arden en vivas las almas los cantos de la poetisa Safo.

Hélena, la hija de Esparta, no fue la única mujer que se abrasó en la pasión de un adúltero,

seducida por sus blondos cabellos, su traje recamado de oro, su fausto real y su lucido acompañamiento.

No fue Teucro el primero que disparó las flechas del arco cretense <cidonio>, ni Troya sitiada

una sola vez, ni el gran Idomeneo y Esténelo pelearon solos en batallas que habían de eternizar

las Musas, ni el bravo Héctor y el pujante Deífobo fueron los únicos que recibiesen mortales

heridas en defensa de sus caros hijos y púdicas esposas, Muchos valientes vivieron antes que

Agamenón, pero han muerto desconocidos y sin que nadie los l
orase, por no alcanzar la fortuna

de que un vate inspirado realizara sus ínclitos hechos.

El valor que permanece oculto dista poco de la inútil pereza. Yo no
economizaré en mis páginas

tus alabanzas, ni consentiré, Lolio, que un silencio envidioso sepulte
tus muchos y loables

trabajos. Estás dotado de un ánimo previsor, tan constante en los
tiempos dudosos como en los

bonancibles; eres justo en el castigo del fraude que nace de la
avaricia, y menosprecias el oro

que pretende para sí todo provecho. Cónsul no de un año, sino
cuantas veces antepones lo

honrado a lo útil, como juez incorruptible y severo, rechazas los
dones de los perversos con ceño

en el semblante, y sale vencedora tu probidad de las ruines catervas
enemigas.

No l ames nunca venturoso al poseedor de grandes riquezas; más
bien merece ese nombre el

que sabe gozar con moderación los presentes de los dioses, y sufrir
sin lamentos los rigores de

la pobreza; el que teme una acción reprobada más que la muerte, y
aventura la vida con

intrepidez por su patria y sus caros amigos.

X - A LIGURINO

¡Oh joven cruel y orgulloso con los favores de Venus! Cuando el vel
o naciente venga a castigar

tu presunción, cuando vuelen de tu cabeza esos cabellos que ahora
te caen sobre los hombros,

y ese color purpúreo, que aventaja al de las rosas de Libia,
desaparezca, Ligurino, bajo una

espesa barba, cuantas veces te mires al espejo tan otro del que
fuiste, excluirás: «¡Ah, ¿por

qué no pensé de joven como ahora?; ¿por qué con estos
pensamientos no vuelve la frescura a

mis mejillas?»

XI - A FILIS

Tengo una ánfora de vino de Alba, que ya cuenta más de nueve años; crece, Filis, en mi jardín

el apio para tejer coronas, y gran abundancia de hiedra que entrelace tus fúlgidos cabellos. En

mi casa resplandecen los servicios de plata, y el ara, ornada de casta verbena, aguarda la

caliente sangre del cordero que he de inmolar.

Todos se apresuran; acá y allá corren las jóvenes mezcladas con los mancebos, y globos de

amas despiden humo sombrío por encima de los techos.

Si quieres saber a qué fiesta te invito, es a celebrar los <las> Idus de abril; día que divide el mes consagrado a Venus, nacida del mar; día para mí, con razón, solemne, y tal vez más santo

que el de mi propio natalicio, porque desde esa fecha comienza a contar sus años mi querido

Mecenas.

El joven Télefo a quien solicitas, y cuyo amor te niega la suerte, es el ídolo de una mujer

lasciva y opulenta <y no de tu misma condición,> que lo aprisiona con gratas cadenas.

Faetón, abrasado por el rayo, intimida las locas esperanzas, y también nos da saludable

ejemplo el alado Pégaso, echando de sí al <al que agobia la carga del> caballo terrestre

Belerofonte.

Persigue siempre objetos dignos de ti, huye de lazos desiguales, y considera dañosas las

esperanzas desmedidas. ¡Oh tú el último de mis amores! (pues jamás ha de cautivarme ninguna

otra mujer), aprende mis canciones, repítelas con tu voz melodiosa y endulzaremos con ellas los

tristes cuidados.

XII - A VIRGILIO

Ya los vientos primaverales que soplan de la Tracia hinchan las turgentes velas y aplacan el mar; ya los prados no blanquean con la escarcha, ni los ríos estruendosos se precipitan

cargados de nieve.

Gimiendo tristemente por la muerte de Itis, dispone su nido la infeliz Progne, eterno oprobio de

la casa de Cecrops, por haber vengado de modo tan atroz las torpes liviandades <las bárbaras

lujurias> del rey.

Los guardianes de las blancas ovejas, tendidos sobre el verde musgo, acompañan con la flauta

sus canciones pastoriles, y regocijan al dios [Pan], protector de los rebaños y los sombríos

colados de Arcadia.

El calor nos aviva la sed; mas si deseas probar el vino que se coge en las laderas de Cales, ¡oh

Virgilio!, cliente de jóvenes ilustres, en pago de mi néctar tráeme tus esencias de nardo.

Por un lindo frasco de nardo haré vaciar el ánfora, encerrada en los graneros de Sulpicio,

donde se guarda un vino que despierta risueñas esperanzas y disipa eficazmente las penas más

amargas.

Si no rehúsas acudir a la fiesta, ven pronto con tus perfumes; que no he de regalarte sin

recompensa con mis vinos, como el dueño de una mansión opulenta.

No retrases, pues, tu venida; deja los afanes interesados, y acuérdate de las lamas que han

de quemarnos en la pira; y ya que nos es lícito, mezclemos a los graves consejos alguna que

otra locura, es muy dulce a ratos <a tiempo> dar al olvido la razón.

XIII - A LICE

Los dioses, Lice, oyeron mis votos; me oyeron, Lice: estás vieja;
pretendes, sin embargo,

parecer hermosa; jugueteas y bebes sin pudor, y con la voz trémula
de la embriaguez lamas a

Cupido, que sordo a tus quejas reposa sobre las frescas y
encarnadas mejillas de Quía, hábil en

pulsar el laúd.

Cupido abandona desdeñoso las encinas despojadas de verdor y
huye de ti, porque tienes

negros los dientes, las arrugas surcan tu faz y las canas blanquean
tu cabellera.

Ni la púrpura de Cos, ni las piedras preciosas te volverán aquellos
días que el tiempo volador

sepultara una vez en los fastos pasados.

¿Qué fue de tu belleza, las rosas de tu cutis y la nobleza de tu
andar? ¿Qué te queda de

aquel a otra Lice, que me inspiraba <que exhalaba> tanto amor, me
enajenaba de mí mismo, y

era, por las gracias insinuantes de su lindo rostro, la que después de
Cínara me hacía más feliz?

Pero el destino, que concedió a Cínara pocos años de vida,
conservó la de Lice hasta igualar en

su edad a la decrepita corneja, para que la fogosa juventud contemplase <los ardientes jóvenes

podieran ver>, prorrumpiendo en risas insolentes, una antorcha reducida a blancas cenizas.

XIV - A AUGUSTO

¿Con qué estatuas, con qué altos honores la gratitud del Senado y el pueblo eternizará,

Augusto, en los monumentos y los fastos históricos tus soberanas virtudes? ¡Oh príncipe el más

egregio de cuantos el sol alumbra en las tierras habitadas! Los vindelicios, libres hasta hoy del

yugo latino, acaban de experimentar lo que vales en la guerra; pues con tus soldados el valiente

Druso derrotó, y no en un solo encuentro, al genauno levantisco y al intrépido breuno, y arruinó

sus fortalezas levantadas en las cimas de los Alpes pavorosos. Luego el mayor de los Nerones

[Tiberio] emprende otra campaña formidable, y alentado por faustos auspicios aniquila a los

inhumanos retios y rechazó a los terribles retos: ¡Qué espectáculo ver en la bélica contienda las

cruelles y numerosas heridas que recibieron aquellos hombres, mejor dispuestos a la muerte que

a la esclavitud! Como al romper las nubes el coro de las Pléyadas el Austro encrespa las

indómitas olas, así acomete impávido a los escuadrones enemigos, y lanza su fogoso bridón

adonde más arrecia la batalla.

Y cual pasa el Áufido por el reino de Dauno de Apulia cuando brama
con furia y devasta con

espantosa inundación los campos mejor cultivados, así Claudio en
sus violentas embestidas

rompe los férreos escuadrones y siega desde los primeros a los
últimos, cubriendo la tierra de

cadáveres sin estrago de los suyos.

Es que tú le habías prestado tus guerreros, tu genio y tus dioses. En
el día mismo que la ciudad

de Alejandría te abrió su puerto y su palacio real abandonado, tres
lustros más tarde, la Fortuna

próspera de las lides te conquistó memorables triunfos, y obediente
a tu imperio, te dispensó

cuantas glorias y alabanzas pudieras ambicionar.

¡Oh Numen protector de Italia y de Roma, señora del orbe! El
cántabro, antes nunca domado, el

indio, el medo y el escita, que pelea huyendo, acatan sobrecogidos
tu poder.

El Nilo, que oculta las fuentes de donde nace, el Istro y el rápido
Tigris, el Océano I eno de

monstruos que azota las costas de Bretaña, la Galia que no
retrocede ante la muerte, y los

pueblos de Iberia, duros en los trabajos, se postran ante ti, y los
sicambros, que se deleitan en la

carnicería, te veneran y rinden las armas.

XV - ELOGIO DE AUGUSTO

Deseaba cantar las batallas y las ciudades vencidas; pero Apolo me prohibió con su lira que me

aventurase en humilde bajel a los peligros del Tirreno.

En tus días, César, los campos rebosan con la abundancia de frutos, se restituyen a nuestro

JovE las enseñas arrancadas a las soberbias columnas de los templos parthos, la paz ha

cerrado las puertas de Jano, el orden y la ley reprimieron la licencia que vagaba sin freno y

extirparon los crímenes, haciendo brillar las antiguas artes que engrandecían el nombre latino, el

prestigio y la fama de Italia, y la majestad del Imperio extendido desde la cuna del sol hasta el

mar de Hesperia.

Rigiendo Cesar los patrios destinos, no turbaron nuestra tranquilidad la fuerza ni la discordia

civil, ni la ira que forja las espadas y atiza el odio entre las míseras ciudades.

No osaron romper los edictos de Julio los que beben las aguas del profundo Danubio, los getas,

ni los chinos <o los persas falsarios>, o los que pueblan las riberas del Tanais.

Y nosotros, en los días festivos y sagrados, entre los dones joviales de Baco, después de

invocar debidamente a los dioses en compañía de nuestros hijos y esposas, mezclaremos los

cánticos con las flautas lidias, y celebraremos, según costumbre de los antepasados, a los

caudillos gloriosos, a Troya y Anquises, y a la progenie de la radiante Venus.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elelandria.com!**

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web